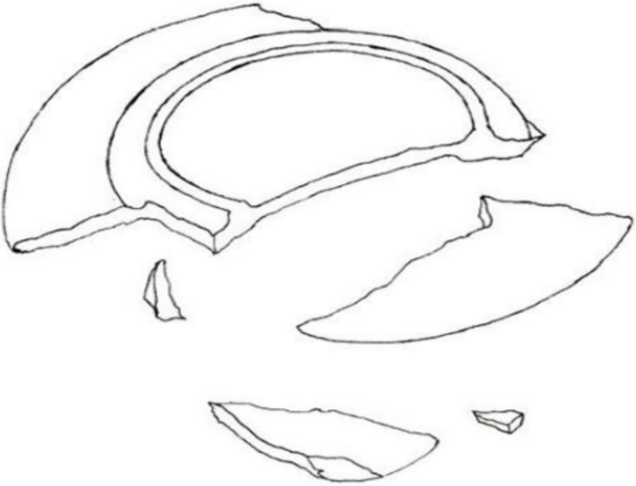
MARÍA JOSÉ
NAVIA

Kintsugi

3.ª EDICIÓN • 3.ª EDICIÓN • 3.ª EDICIÓN
KINDBERG



KINDBERG

MARÍA JOSÉ
NAVIA

Kintsugi

KINDBERG

Kintsugi
María José Navia

© María José Navia, 2018
«Rebajas» y «En caso de emergencia» aparecieron en *Lugar*
(Ediciones de la Lumbre, 2017).
«Blanco familiar» fue publicado en el número 51 de la revista *Eñe*.

Edición:
© Kindberg Editorial, 2018
Valparaíso, Chile
www.kindberg.cl
editorialkindberg@gmail.com

Dirección editorial: Arantxa Martínez
Diseño: Sebastián Paublo
Ilustración: Renato Órdenes San Martín
Primera edición: noviembre de 2018
Primera reimpresión: enero de 2019
Segunda reimpresión: septiembre de 2019

ISBN Edición Impresa: 978-956-9707-05-6
ISBN Edición Digital: 978-956-9707-08-7

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso expreso de la editorial.

ÍNDICE

1 Rebajas
2 Tera
3 Clean
4 Un corazón más pequeño
5 Hojas
6 Pasillo
7 Horario de visitas
8 En caso de emergencia
9 Otros juegos
10 Souvenir
11 Blanco familiar
Agradecimientos

Para Sebastián, mi primer lector.

Again, again.
This is how they fall & get back up. One who was thrown out by his father. One who carries death with him like a balloon tied to his wrist. One whose heart will break. One whose grandmother will forget his name. One whose eye will close. One who stood beside his mother in a green hospital. One kick up against the air to touch
the earth. See him. Fall. Then get back up.
ARACELIS GIRMAY

A family is a study in plate-tectonics, flow folding. Something inside shifts; suddenly
we're closer or apart.
ANNE MICHAELS

Killing things is not so hard, is hurting that's the hardest part and when the wizard gets me, I'm asking for a smaller heart.
AMANDA PALMER

La familia es una máquina de
producir ficción sobre sí misma.
RICARDO PIGLIA

1
REBAJAS

Lo primero que veo son los billetes en la mesa. Ahí están, en la cocina, a pocos centímetros de las frutas y un gran frasco de galletas. Mis sobrinos miran la televisión.

Caro me observa de arriba a abajo. Hoy no es, ni de lejos, mi mejor día: dormí de más, no tuve tiempo de pintarme, mi ropa probablemente no huele bien.

Por semanas había insistido en que no era necesario. («Son tus hijos, Caro.») Pero ella había sido inflexible. («Sí, Marce, pero no es tu obligación cuidarlos.») Y ahí estaba yo: la tía desastre.

De nada habían servido mis protestas.

Ahora Caro cierra la puerta con más fuerza de la necesaria.

Y yo me quedo sola con los niños.

Se supone que estoy buscando trabajo hace meses, se supone también que el mercado está difícil, que hay que tener paciencia. Se supone, sobre todo, que dejé mi trabajo anterior por voluntad propia. Esa, al menos, había sido mi versión de las cosas: decir que uno de mis jefes se me había insinuado (en más de una oportunidad) y entonces la cesantía no era una crisis sino algo de lo que estar orgullosa. O casi. Crisis es una palabra rara: se queda igual en singular y plural. Y así, para Caro, esta era sólo *una* crisis de su hermana menor mientras, para mí, bajo esa palabrita, se guardaban cientos de malas decisiones.

Nunca fui buena con la plata. Siempre me costó ahorrar o invertir sabiamente. Cuando niñas, mientras la mesada de Caro se guardaba en un chanchito de greda y luego se multiplicaba en una cuenta de banco, mis escuálidos pesos se iban en lápices y helados (y más tarde en libros y café). El que guarda siempre tiene, decía mi papá a veces (y el que no, siempre tiene… problemas, completaba yo en mi cabeza). Me daba vergüenza confesar lo poco que podían durarme los sueldos y aún más pedir plata prestada. Me pasaba la vida hundida en deudas. Pagando apenas las tarjetas de varias casas comerciales, comprando lo mínimo en cada visita al supermercado. Me hacía la enferma para las celebraciones de cumpleaños de mis amigos y había aprendido a cortarme el pelo sola.

Cuando entré a trabajar a la tienda pensé que todo por fin se equilibraba. El sueldo era bueno (luego de años de vivir de trabajitos

precarios de edición de tesis que pagaban apenas y nunca a tiempo) y me quedaba cerca de la casa (con lo cual ahorraba en pasajes de micro y metro).

Pero no.

Mis sobrinos juegan a algo sin prestarme atención. Con ellos, me he acostumbrado a ser invisible. Siempre se portan bien. Pintan con sus crayones bien lejos de las murallas, guardan sus juguetes antes de acostarse, mientras mi teléfono vibra con más y más mensajes del innombrable (innombrable porque ya había aburrido a todos mis amigos con sus historias. Innombrable, también, porque sólo pronunciar su nombre y ya el corazón empezaba a pesarme, lleno de avispas).

Nunca supe elegir. Siempre me iba con los que me adoraban por cinco minutos o los que me aburrían por tres años. Sin puntos intermedios.

Algún día tendría que aprender.

Sofía, mi sobrina, se prueba vestidos de princesa frente a un espejo. Me pregunta si se ve linda. Le aseguro que sí. Que ella es lo más lindo del mundo.

Caro salió al matrimonio de una amiga. Va a volver tarde. Sobre la cocina hay ollas con fideos y salsa. Hay plata por si los niños quieren pizza. Hay todas las golosinas de la tierra. Golosinas que mis sobrinos apenas tocan. Caro y sus malditos hijos perfectos. Yo, en cambio, ya he abierto dos paquetes de galletas que me he comido a medias y tomo Coca-Cola de la botella. Sin vaso. Me da flojera lavarlo.

De a poco había empezado a llevarme cosas. Cosas pequeñas, incluso en mal estado, que pensé que nadie echaría de menos. Me tocaba cerrar la tienda tres veces por semana y entonces era fácil deslizar a mi bolso unos calcetines, una falda, unos calzones. Me sabía de memoria la ubicación de las cámaras, así como también había aprendido a hacer pasar el robo por un repentino ordenamiento de los productos en bodega o en la zona de rebajas. Total, era flaca y toda la ropa me quedaba bien o, al menos, me cabía. Caro, en cambio, nunca había logrado perder del todo el peso ganado en los embarazos. Aún hoy, cuando me pidió que la ayudara a cerrar el vestido –algo avergonzada pero simulando que no le importaba–, el cierre subió apenas, mientras Caro aguantaba la respiración.

Tomás lee tranquilo en una esquina. Sigue la lectura con uno de sus dedos. Siempre está leyendo. Conmigo casi no habla. A menos que tenga hambre. Eduardo, el menor, camina de un lado a otro. Apenas. Acaba de aprender y hoy todo es una experiencia, una exploración. Yo

lo miro de vez en cuando para asegurarme de que no se caiga, de que no se meta algo peligroso a la boca. Sabe decir «mamá», «cocó» (para los pájaros) y «no, no, no», que medio lo canta mientras hace un gestito ridículo moviendo el dedo de un lado a otro.

Me pregunto si algún día dirá «papá». Si con ese dedo, que ahora apunta al televisor, apuntará también a una de las fotos desde las cuales José le sonríe, desde el pasado, sin saberlo. No entiendo por qué mi hermana todavía no las quita. Ya han pasado seis meses. Todos en la familia sabemos que no va a volver. Pero nadie se atreve a preguntarle. En nuestra familia las preguntas son de mala educación, indican que hay algo que no sabemos, algo que podría estar mejor. Y Caro ha decidido seguir su vida como si nada. Para los niños, su padre se encuentra en un eterno viaje de negocios. Como tantos otros. Mirado desde su pequeña infancia, uno o seis meses son nada más que un largo tiempo.

José no dio explicaciones. Un día salió al trabajo y ya no regresó más. Cuando Caro llamó a su oficina le comentaron que el señor Toledo ya no trabajaba ahí hacía un mes. Al colgar, la secretaria había dicho, medio en susurros: lo echamos mucho de menos. Y a Caro se le partió el mundo en dos. O esa es la expresión. La realidad es que el mundo se le cayó al suelo y se hizo añicos, en tantos pedacitos pequeños que ni por mucho esfuerzo lograría juntarlo todo de nuevo. Por más que lo intentara, siempre iba a quedar un agujerito aquí, una pieza faltante por allá. Así estaba su mundo hoy: lleno de grietas.

Nadie sabía nada de José. Su hermano, con quien de todas formas no tenían mucha relación y que vivía hacía años en el Sur, le dijo a Caro que se había ido de viaje. Cuando le preguntó que dónde, su única respuesta fue: «Lejos».

Esa noche, cuando volví del trabajo, Caro me estaba esperando en la puerta de mi edificio. En el ascensor se largó a llorar y me contó todo entre hipos. Ya en mi departamento, le conté de mi despido. Quien sabe por qué cortocircuito en su cabeza, Caro conectó las dos historias, como si fueran parte de un mismo destino: ya vas a ver, vamos a salir más fuertes de esta.

Al día siguiente comencé a cuidar a mis sobrinos.

Y ella insistió en pagarme.

Al principio, todo estuvo bien. Ella necesitaba a alguien que le cuidara a los hijos (sus horas en el hospital eran largas e impredecibles y su nana de siempre se había regresado a Perú). Yo necesitaba algo con lo que llenar los días y mi billetera. Sí, al principio fueron todo sonrisas. Los niños no hicieron preguntas y parecían deleitados de tener a su tía con ellos (la tía divertida, la que sabía dibujar a Hello Kitty y a todos los superhéroes, la que los dejaba quedarse despiertos hasta tarde). Sobre todo Sofía, quien disfrutaba de que le hiciera trenzas y la

ayudara a maquillarse. Un día, Caro llegó temprano y nos sentamos todos a la mesa. Sin ningún protocolo ni mala intención, los tres niños le pidieron a su madre que por favor me invitaran a vivir con ellos. «Mientras el papá no llega», agregó Sofía como en un suspiro.

Caro sonrió pero yo pude ver el cambio en sus ojos, que hasta entonces se habían fijado en el jarrón reconstruido y hoy descubrían, alertas, unos cuantos agujeros. Y la respuesta que salió de su boca fue brutal y nos sorprendió a todos: «Me saldría muy caro eso, niños. Su tía cobra por hora.»

Sí, lo dijo entre risas. Sí, sus hijos casi no entendieron y siguieron jugando como si nada. Pero ahora era mi jarrón el que se había agrietado. Y los billetes, que dejaba cada tarde sobre el mesón de la cocina, empezaron a picarme entre los dedos.

Caro comenzó a dejarme instrucciones: que preparara tal o cual comida, que no olvidara darle su colación a Tomás, que pasara a buscar uno de sus vestidos a la tintorería. Al final de la hoja, que dejaba siempre sobre el mesón, siempre junto a los billetes, firmaba con un «BESOS!», en mayúsculas y con un solo signo de exclamación, pero yo ya no le creía nada.

Empecé a llevarme cosas. De la casa de Caro, esta vez. Cosas sin importancia, que nadie iba a echar de menos. Un yogur, unas galletas. Luego un lápiz dejado sobre el escritorio; un par de medias de Caro. Hasta que me arriesgué en el clóset de José. Primero abrí la puerta y encendí la luz. Vi sus trajes, los cajones de ropa interior, los pijamas, las corbatas. Vi las tarjetas dibujadas para el día del padre relegadas al último cajón, junto con poleras viejas y otra ropa que ya no usaba. Todo olía a limpio. A un limpio encerrado. Podía sentir el sonido de la televisión en la salita. Ahí estaban Tomás y Sofía mientras Eduardo dormía la siesta en su pieza. El mundo estaba tranquilo. Pasé las manos por las camisas, deteniéndome en los botones. Busqué pistas en bolsillos de abrigos. Tal vez un recibo, un objeto extraño, algo. Pero nada. Puse mis pies pequeños dentro de sus enormes zapatos. Cuando Sofía comenzó a llamarme a los gritos –había visto, o creía haber visto, un picaflor cerca de su ventana–, tomé a la rápida unas colleras de mi cuñado. Ahora siempre las llevaba en los bolsillos y las hacía girar cuando estaba nerviosa, cuando estaba aburrida. Eran un peso familiar, un amuleto. Me prometí que las devolvería a su lugar en una semana. Luego pasaron dos. Un mes. Cuatro.

Vuelvo con los niños. Me siento junto a Sofía, quien hace dibujos en un cuaderno con la tele encendida. Es una esponja amarilla que trabaja vendiendo hamburguesas. Me pregunta si puedo dibujarla. Tomo una hoja blanca y un plumón negro. Miro la tele. Sale algo

torpe pero Sofía igual aplaude, deleitada. Eduardo apoya su carita en uno de mis brazos y lo deja lleno de baba. Tomás sigue leyendo y sin mirarme.

–¿Tienen sueño? –les pregunto.

Todos abren bien grandes los ojos.

–¿Tenemos que ir a dormir? ¿Al tiro? –pregunta Tomás, con su dedo detenido en la lectura.

Puedo ver que le faltan pocas páginas, que está entretenido, que lo peor que puedo hacer es evitarle continuar. Miro el reloj. Son las once de la noche. Si Caro viera esto, se pondría furiosa. Pero ella no va a llegar todavía. Y yo no soy Caro. Yo soy la tía entretenida, reverenciada por sus sobrinos, la fuente de la eterna felicidad.

–No –les digo–. Quedémonos aquí un rato más.

Tomás sonríe. Sofía comienza a colorear mi dibujo de Bob Esponja y Eduardo sigue explorando todos los rincones de la sala.

De pronto, suena mi teléfono. Un pitido breve: un mensaje («¿Podemos hablar?», pregunta el innombrable. Sé lo que quiere. Me lo imagino en el casino, algo borracho, todo el sueldo perdido en las máquinas tragamonedas. «Creo que te quiero», me diría. «¿Me prestarías algo de plata?» «¿Ahora? ¿Al tiro?» «Nosotros, los irresponsables, tenemos que ayudarnos»).

–¿Quién es? –pregunta Sofía.

(Y mi corazón idiota igual da un vuelco, igual hace el cálculo mental de ver cuánto podría prestarle. Porque, quién sabe, quizás esta es la última vez. Quizás, quizás, quizás.)

–Un monstruo –respondo.

Sofía se queda con la boca abierta unos segundos.

–¿Y va a venir a buscarte? ¿Acá?

El comentario me saca una sonrisa.

–No, Sofi, este monstruo sólo llama por teléfono.

–Como el papá –comenta Tomás entre dientes.

Y entonces es el turno de nosotros de quedarnos con la boca abierta.

–¿Cómo es eso? –le pregunto tratando de parecer normal, como si fuera un detalle de todos los días, un pedazo del jarrón bien firme en su estructura.

Tomás no levanta la vista de su libro y responde en susurros.

–A veces llama.

Mi siguiente pregunta debiera ser: y dónde diablos está, pero, para estos niños, su papá está de viaje, todos lo sabemos, y no hay nada que preguntar.

–¿Y cómo está? –le pregunto.

–Cansado –responde Tomás–. Tan cansado que nunca quiere hablar con nadie. Incluso prefiere cortar si es la mamá la que contesta. –Y remata–: Es un secreto igual. No les debería haber contado.

Sofía ha vuelto a concentrarse en los dibujos animados y Eduardo bosteza sentado sobre unos cojines en el suelo. Ya es casi medianoche. Tomás me mira.

–Yo creo que no va a volver –dice, en un murmullo, mientras se rasca con insistencia uno de sus hombros.

En mi cabeza le respondo «Yo tampoco», mientras en la realidad le hago un cariño en el pelo al pasar. No tengo ganas de hacer más preguntas. Que Caro se las arregle con sus silencios y sus verdades a medias. Me recuesto dentro del clóset de José, a la altura de los zapatos, todos muy bien lustrados. Observo hacia arriba los pantalones, las chaquetas, el techo blanco. Suena otro mensaje en mi teléfono («Por favor contesta, en verdad te necesito»). Y luego otro, esta vez de mi hermana («¿Todo bien por allá?», y una carita feliz). Le respondo a Caro que sí, que todo bien (con otra carita feliz). Me asegura que ya le queda poco, que ya pronto regresa. Yo me quito los zapatos y muevo los dedos de los pies por la alfombra mullida. Se siente bien. Apenas se escuchan los ruidos de la casa. Pienso que no sé nada de José. Nunca hablamos, no realmente, no más allá de unos cuantos comentarios de películas o halagos por un plato bien preparado (por él). Que hubiese desaparecido no me sorprendía. Quizás porque ya nada lo hacía. ¿Qué era mejor, que se quedara a dar explicaciones? Tal vez si uno decide irse es mejor así: desaparecer y que otros se encarguen de las versiones de la historia. Caro cree que lo ha hecho bien, pero yo no estoy tan segura. Ya van a llegar las preguntas. Ya va a ser hora de sentarse con sus hijos y explicarles que José ya no está, ya no va a estar. Que fue buen papá. Que los quiso mucho.

No quisiera estar en sus zapatos. Intuyo que Caro espera que el tiempo lo traiga de vuelta y así no sean necesarias las explicaciones («Nos casamos tan jóvenes, Marce, tal vez él necesita un tiempo para pensar, escaparse del mundo un rato», me trataba de convencer, a veces, con la vista fija en el suelo y ya con unos tragos de más).

Sofía llega hasta la puerta con los ojos pesados de sueño, pero aún con energía. Quiero cocinar, me dice. Una poción mágica. Me levanto con torpeza y la miro. No le parece raro que esté en el suelo, no le parece raro nada. La acompaño a la cocina y ahí ya la está esperando Eduardo, apoyado algo precariamente en una silla.

–Qué necesitamos –le pregunto.

–Huevos –me dice–. Harina. Leche. Chocolate.

Yo sigo sus órdenes sin chistar. Abro alacenas y cajones y Sofía sigue nombrando:

–Sal. Azúcar. Jugo de naranja.

Abro el refrigerador, saco cucharas y utensilios; Eduardo nos

observa fascinado. Sofía se sienta en un piso de cocina y canta una canción inventada por ella mientras lo revuelve todo. La mezcla va adquiriendo colores imposibles y texturas viscosas. Eduardo aplaude y cae sentado al suelo de baldosas. No llora. Sigue observando.

Sofía pregunta de repente:

–Y si mi mamá se queda sin plata, ¿tú no vas a venir más?

–Ay, Sofi, no es tan así. Yo voy a venir siempre.

Mi teléfono vuelve a vibrar («¿Estás ahí? Es urgente»). Lo apago y vuelvo a guardarlo, ahora inofensivo, en mi bolsillo.

Levanto la vista. Sofía sonríe junto al frasco de galletas y tiene algo en la mano.

Billetes. Mis billetes.

–Qué estás haciendo, deja eso ahí... –intento detenerla con palabras atropelladas.

Mi tono es sereno. Incluso sonrío como para confirmarle que sigo siendo la tía favorita, la fuente de la alegría, que todo está bien. Pero ya es tarde y los billetes bailan en el aire antes de caer al mesón, de donde los recoge Sofía uno por uno, llenándolos de harina, de clara de huevo, y luego arrugándolos con sus deditos pegajosos.

–Sofi, con esas cosas no se juega... –digo ahora con más fuerza (ya no la tía favorita sino una bruja de voz histérica).

Eduardo se larga a llorar a gritos.

Me acerco a él y lo tomo en brazos. Su carita mojada se apoya con fuerza contra mi mejilla.

Tomás llega corriendo.

Cierro los ojos por un instante, conjurando a mi hermana para que por fin aparezca, para que abra esa puerta y vuelva el mundo al orden.

Para salir de esta casa y encender el teléfono.

Pero no pasa nada. Y cuando los abro, Sofi ya va rompiendo los billetes en pedacitos. El ingrediente final para su poción mágica.

2

TERA

Le dolía, pero lo saludaba todas las mañanas. Ahí, frente al espejo, mientras se afeitaba o se cepillaba los dientes, era imposible ignorarlo. Enrojecido, inflamado, como a punto de reventar. Sobre el hombro derecho. Cada vez que lo miraba, parecía haber crecido y ya en el último mes no se había atrevido a traer a ninguna mujer a la casa. Él ya estaba acostumbrado. Pero ellas, ellas saldrían corriendo, estaba seguro.

Al tacto se sentía como un calorcito. Con suerte lograba cubrirlo con la palma de su mano. Le intrigaba cuánto podría llegar a crecer. Menos mal que en su trabajo estaba obligado a llevar camisa y con eso ni se notaba. Se compraba de las holgadas, claro, nada de *european fit*, nada de apretujarse. Ya podía imaginar a sus estudiantes (era profesor en un colegio de mujeres) haciéndole la burla. El jorobado de Notre Dame, le dirían ellas (aunque su joroba no estaba en la espalda, pero esas chicas no eran muy leídas y probablemente escribirían joroba con falta de ortografía). En el invierno era mejor. Bajo sweaters y chaquetas era como si no pasara nada. Además, y tal vez por el frío, apenas le dolía. En el verano, en cambio, el hombro le quemaba. Al principio pensó que era una espinilla. Que era cuestión de tiempo para que explotara y, más allá de unas cuantas gotas de pus asqueroso, todo estuviera bien. Le había echado pasta de dientes, para ver si se secaba, y nada. Había intentado con cuanto ungüento había encontrado en la farmacia, y nada. Si hasta parecía reírse de él: mientras más lo intentaba, más lo sentía crecer.

Pero ya se había hartado. Hoy iba al doctor para que se lo quitaran. Aunque perdiera medio brazo. Todo con tal de no verlo más.

Todo con tal de ver más a Luisa.

Todavía no había pasado nada pero, en su cabeza, ya se imaginaba la historia completa. Luisa llevaba un par de meses enseñando en el colegio, reemplazando a Berta, una de las profesoras de Lenguaje del ciclo básico que ya iba por su cuarto crío. La directora se la había presentado y ella con suerte lo había mirado dos veces. Recién se había graduado de la licenciatura. Este era su primer trabajo. Y Tomás había hecho sumas y restas para mejor olvidarse de las matemáticas. Eran diez años. Estábamos en el siglo XXI. Todo bien. Hizo las preguntas de rigor (no, no tenía pololo; sí, sí vivía sola) y habían

quedado de almorzar. Pronto, esa fue la palabra que usó ella. Y a él le pareció la palabra más linda del mundo.

Ahora sólo quedaba librarse de Manfred.

Así lo había bautizado su hermana, cuando eran niños. En esa época, claro, era solo un grano del tamaño de un poroto, un poroto mágico, como los de Juanito y el gigante, le decía su mamá, mientras Sofi aplaudía y Tomás fantaseaba con pegarle una buena cachetada. Pendeja insoportable. En una ocasión había intentado sacárselo: con sus uñitas pintadas de rosado flúor y una sonrisa enorme en la cara. Fue la única vez que le pegó. No se arrepentía. Le había dolido como los mil demonios. Lo habían castigado por un mes sin bañarse en la piscina, pero no le había importado. Aprovechó de leer todos los libros que cayeron en sus manos (y fueron muchos, su abuelo siempre se los regalaba por montones: todos los de Julio Verne, de Emilio Salgari) y, aunque Sofía le sacaba la lengua y le tiraba agua desde la parte menos honda, él prefería estar ahí, bajo un quitasol, muy vestido y con un libro bien cerca.

Su papá le había preguntado si quería que lo operaran. Incluso su mamá le ofreció quitárselo. Bastaba aparecerse por el hospital en algún momento en que no hubiese muchos pacientes. «No te va a doler nada, Tomi», le había dicho tantas veces, con una sonrisa. Pero en ese entonces no le molestaba. Pensaba que lo hacía especial. Una de esas marcas como las de los héroes de sus libros. Una cicatriz de guerra, un detalle que lo destacaba del resto. Para qué, no sabía, pero en ese entonces prefirió esperar a averiguarlo. Además, su papá tenía uno igual. Al menos, en ese tiempo, aunque el suyo no había crecido tanto. Así, conservarlo, era también asumirse como parte de ese club.

Duró poco el club. Su papá los abandonó cuando él tenía doce años y no volvió más.

A sus amigos les inventó todo tipo de historias. Que estaba trabajando en Japón, que se había ido en una misión secreta. Luego, más grande, se hacía el que no le importaba. El chico duro que podía vivir como si nada lo tocara. Al principio, lo había llamado por teléfono un par de veces a horas en que sabía que no iba a estar su mamá. Hablaban de sus tareas, sus notas, los libros que estaba leyendo. «Cuándo vuelves», preguntaba Tomás indefectiblemente, hasta que se le gastó la pregunta. Su padre lo llamó por años, sólo a él, aunque para ser sinceros, nunca le preguntó a ninguno de sus hermanos. Le enviaba mensajes para su cumpleaños. Y él también se cansó de responderlos. Era más fácil pretender que no existía, que no había existido nunca. Quitarlo del álbum familiar. Recortar todas las fotos. Olvidar.

Ahora camina a paso rápido a la clínica. No vaya a llegar tarde y

perder su cita. Sus citas: aquella real con el doctor y la que ya imaginaba con Luisa. Porque si no se quita a Manfred de encima no se atreve a llevarla a ninguna parte. Es verdad que probablemente al principio no pase nada, pero igual, para qué arriesgarse. Luisa es una chica linda y él quiere toda su seguridad consigo. Con Manfred en el hombro, aunque sea disimulado bajo camisas y chaquetas, siempre siente que está ocultando algo, un secreto que, por más que no quiera, todos pueden ver.

Tomás se toca el hombro, casi lo acaricia. Te llegó la hora, Manf.

Cuando era chico, no se atrevía a cambiarse de ropa en el colegio. Como las clases de deporte eran por la tarde, las últimas del día, siempre tenía el pretexto de que prefería ducharse tranquilo en su casa. Es verdad que eso generó rumores infinitos, pero al menos no le insistían. Que creyeran lo que quisieran. Alguna vez escuchó a una compañera hablar de quemaduras, de cicatrices. Y sí, era mejor eso.

No hay nadie más en la sala de espera. La secretaria lo mira de vez en cuando. Le pregunta si quiere un vaso de agua. Le pide los datos de la Isapre. Tomás se siente extrañamente nervioso. Es un procedimiento corto, sólo unos minutos. Le tocará llevar un parche por un tiempo. Nada grave. Nada del otro mundo. Siempre le ha llamado la atención esa frase: nada del otro mundo. Su mamá la usaba. Para minimizar los dolores de sus hijos, ella, la doctora. Si se quejaban de dolor de cabeza, o lloraban a gritos luego de caerse en bicicleta, ella decía con media sonrisa: «Ay, niños, si no es nada del otro mundo». Como si uno sólo tuviera derecho a quejarse de dolores extraplanetarios. Aunque tal vez sí había dolores de otros mundos, dolores que dejaban este en suspenso, que sacaban tu planeta de órbita y ahí quedaba, fuera de la galaxia, a la deriva. Como cuando su mamá por fin entendió que su marido ya no iba a volver. Y se encerraba en su pieza a llorar. Y mordía las almohadas para así no soltar aullidos que asustaran a sus hijos.

Su papá se fue y ellos se quedaron a vivir en ese otro mundo donde ahora cabían todos los dolores. Aunque nadie dijera nada. Aunque en las fotos de esos años todos aparezcan, como siempre, llenos de sonrisas y buenos deseos.

–El doctor lo va a atender ahora, señor Toledo –le dice la secretaria en un tono quizás muy bajo. Como si ella también estuviese enterada del secreto. Como si ella también sintiera la vergüenza.

Tomás se levanta y su hombro le pesa.

Está seguro de que Valeria lo dejó por culpa de Manfred. Ella nunca se

lo dijo así, claro. Pero era bastante evidente. Cuando estaban en la cama, siempre cerraba los ojos. Nunca, pero nunca-nunca, los abría. Era cuestión de que él se quitara la camisa y ya: ojos cerrados. Luego gemir, gritar incluso, y darse la vuelta para así volver a abrirlos. No era malo el sexo. O eso creía Tomás. Habían hablado de fechas para casarse, con Valeria. Habían buscado un departamento para irse a vivir juntos. Habían conjugado muchos verbos en tiempo futuro. Tal vez demasiados. Y ahí estaba Tomás ahora. Recostado en una camilla de hospital. Solo.

–¿Te duele?

–Nunca me duele.

Es lo que siempre respondía Eduardo, cuando Tomás llegaba corriendo a buscarlo al colegio. Porque era a él al que llamaba, nunca a su mamá. Por coincidencia, enseñaba cerca del colegio al que su hermano menor asistía. Era siempre lo mismo: uno de los inspectores llegaba a buscarlo a la sala de profesores. «Es tu hermano otra vez», decía, mirando hacia abajo, con cara de cansancio. Y Tomás corría a encontrarse con un moretón en el ojo izquierdo y los pantalones desgarrados en las rodillas. Los zapatos sucios. O los mocos chorreando por la nariz, mezclándose con las lágrimas y la sangre.

–¿Otra vez, Ed? ¿Quieres que hable con tu profesora? ¿Con el director?

Ed no decía nada, apenas levantaba la vista. Se llevaban doce años y, en ese tiempo, la diferencia se sentía como un abismo. No había caso, los compañeros parecían decididos a hacerle la vida imposible. Lo golpeaban en el recreo, le robaban su almuerzo, dejaban cosas podridas en su escritorio. Había videos de todo eso subidos a YouTube.

Cuando era chico y Tomás lo levantaba en brazos, Ed siempre ponía una de sus manitos en Manfred. No le tenía miedo. Es más, parecía gustarle. Se apoyaba en él como reconociendo un territorio familiar que le era amable. La protuberancia que le aseguraba, al año, a los dos años, que ese de ahí era Tomás, era su hermano mayor, y todo, pero absolutamente todo, iba a estar bien.

Ahora Eduardo estudiaba medicina. Quería ser cirujano.

Casi nunca hablaban.

Tomás siente que lo raspan. O mejor: escucha que lo raspan. De sentir, no siente nada. Sólo la textura de la sábana con la que está recubierta la camilla contra su rostro, el frío del aire acondicionado. Escucha la voz del doctor y cómo va dejando los utensilios sobre una bandejita. Y el sonido del teléfono allá afuera, en la sala.

Intenta pensar en Luisa.

En ella y su voz tranquila, en su manera de reír siempre mirando hacia abajo, tímida, como si reírse fuera algo de lo que avergonzarse.

Ella y sus blusas siempre blancas, impecables, que se traslucían un poco a contraluz y que él se imaginaba desabrochando a veces con paciencia, a veces a lo bestia y con botones volando por todas partes.

O ella despidiéndose a lo lejos, al fondo de un pasillo, mientras él pensaba «Qué idiota soy, por qué no le ofrezco llevarla a su casa». Y luego darse la vuelta para descubrir que ella ya no estaba.

–Listo –dice el doctor. Y le da una palmadita en la espalda–. Ya puedes vestirte.

La última vez que vio a su papá fue el día de su graduación. Ver es un decir. Lo distinguió a lo lejos, al fondo del auditorio. Volvió a divisarlo a la salida. Mientras su mamá y sus hermanos lo rodeaban y felicitaban, un hombre los miraba desde el otro lado de la calle. Pensó en gritarle que se acercara. No por él, mucho menos por su madre. Por Ed, por Sofía, que probablemente ya no lo reconocerían si se lo encontraran por la calle. Lo suyo no era buscar la reconciliación, sino la despedida, el cierre. Pero su padre se dio la vuelta. Y caminó a paso rápido.

–¿Quieres verlo? –le pregunta el doctor y su cara se deforma en una sonrisa.

Tomás intenta sonreír de vuelta. No dice nada pero estira el brazo, con la palma de la mano extendida. El doctor le entrega una placa de vidrio. Hay grasa y algo de sangre. Pelos, incluso. Tal vez se lo esté imaginando, pero cree distinguir un par de dientes, pequeñitos, en la mezcla.

Teratoma es el nombre científico de Manfred. Tomás respira profundo. Tiene sentido, después de todo: *Tera*, en griego, significa «monstruoso». Piensa decírselo al doctor, pero él ya va camino a la puerta.

Con cuidado, se pone la camisa. Busca su teléfono y le escribe un mensaje a Luisa («¿Y si salimos a comer mañana?»).

Ya en la calle, baja las escaleras rumbo al metro, bien lento y con el frasquito en la mano. Sintiéndose incompleto, quizás, sintiéndose más solo.

3

CLEAN

Le gustaría bloquearlo, pero le da un poco de pena. Después de todo, está obligada a verlo todos los días. Así que ignora sus mensajes (uno cada mañana, otro por la noche antes de irse a dormir) y le sonríe como si nada. Y de lejos. Evita la sala de profesores a las horas en que él está, prefiere almorzar sola un sándwich en el patio de los cuartos medios. (Y tampoco tan sola, siempre alguna estudiante termina por acercársele.)

Ya faltan sólo tres meses. Luisa los cuenta en su calendario, tachando cada día que pasa.

No le gusta hacer clases, nunca le ha gustado. Pero no le alcanzó para más con su puntaje. No importa. Ya va a juntar lo suficiente para comprarse una vida nueva.

Le dieron un curso de octavo básico, treinta chicas. Una olla a presión de hormonas y dramas ridículos. «Ay, niñitas», les dice a veces, sintiéndose en un pedestal que no le corresponde. «Ay, niñitas» y ellas dale con «*miss* Luisa», con su pronunciación pretenciosa de colegio británico. Sabe que la admiran, que los fines de semana se juntan a hablar de ella e imitarle el peinado (una trenza larga y enrollada) y la forma de hablar. Esas íes alargadas, esa media sonrisa mientras alguna de ellas pasa al pizarrón.

Sabe que la buscan en Facebook y otras redes sociales, para siempre darse de cabeza con el candadito. Le preguntan por su vida amorosa («Ay, niñiiiitas») y por su familia. Quieren saber las películas que le gustan y las canciones que escucha cuando la ven llegar caminando al colegio con la cabeza encerrada entre dos audífonos enormes. Puede ver sus ojos, que la investigan de pies a cabeza: se detienen en su brillo de labios, en la blusa blanca y las faldas perfectas; en los zapatos, siempre de colores. Esos que compra por internet a tiendas europeas para asegurarse de que nadie, pero nadie más, pueda aparecer por la calle o el colegio con unos parecidos.

Fueron sus alumnas las que le contaron que Toledo hablaba siempre de ella. Que les preguntaba qué tal iba todo con la nueva profesora de Lenguaje. Y ellas se hacían las que no sabían nada, viéndolo transpirar de los nervios. El raro de Toledo, le decían, de puro malas que eran. Cuando, para qué, no era necesario el apellido. Con el Raro bastaba. Le habían dicho (las estudiantes) que a veces recitaba poemas de la

nada, en plena clase. Que se le ponían los ojos vidriosos cuando leía a Vallejo y a Teillier, que se ofrecía para llevarlas a la casa. Y ellas siempre se negaban. Le habían dicho (los colegas) que no había nadie más dedicado que él. Que todos los años se ganaba los premios al mejor profesor, que tenía la mejor disposición: siempre reemplazándolos en sus clases cuando ellos lo necesitaban, o haciendo de chaperón en las fiestas del colegio. Todos, absolutamente todos, tenían una opinión sobre el Raro. Y Luisa, bueno, ella tenía toda su atención. Cada vez que lo pillaba mirándola, su rostro parecía a punto de derretirse. Le mandaba e-mails con links a artículos que quizás podrían interesarle (y que ella muy pocas veces abría) e incluso canciones. Según él, para hacerla sentir acogida. Puede ser bien duro el primer trabajo enseñando, le había comentado mientras le servía una nueva taza de café (que ella no le había pedido).

La niña buena, le decían las viejas del departamento de Lenguaje, un poco en broma, un poco de pura envidia. La niña buena con su collar de perlas (falso), con su blusa siempre bien planchada y sus zapatos de colores. Y Luisa les seguía la historia porque para qué defraudarlas. No le parecía nada de mal vivir una mentira de unos cuantos meses. Con lo fácil que se olvidarían de ella y su collar de perlas.

Clean, se llamaba la página. *Kirei*, en japonés. Y allí también Luisa era otra. Miss Pearl, se había bautizado a la rápida, cuando completó el formulario en línea. Subió fotos e incluso un video breve. También, por cierto, sus datos de PayPal. Trabajaba por las noches, cuando en Japón todos los ejecutivos se estaban recién levantando, o los fines de semana hacía calzar su horario (ponía despertador, se maquillaba la falta de sueño) con las tardes de Tokio. Le gustaba imaginárselos. Lejos. Encendiendo sus computadoras, dándole clic a su perfil, su cuerpo reaccionando a las imágenes en la pantalla. Miss Pearl sin perlas, Miss Pearl con casi nada más que los productos de limpieza. Su departamento nunca había estado tan reluciente. Y ellos no podían hablarle.

Perfecto.

A veces le gustaba torturar un poco al Raro. Llamarlo mientras él estaba en clase y no podía contestar el teléfono. O desabrochar uno de los botones de su blusa antes de pedirle algún consejo. Era tan predecible que mucha risa no daba, pero Luisa se aburría en los tiempos muertos del colegio. Sobre todo después de horas de entrevistas con los apoderados, todos esperando que les dijera que sus hijas era unas superdotadas, y apenas pudiendo contener la decepción cuando les recomendaba que mejor tomaran un profesor particular

que las ayudara con su gramática, con la ortografía. Para subir esas notas horribles. O cuando tenía que contarle a una madre de lo más desprevenida que su hija no estaba comiendo o que corría a encerrarse al baño después de cada almuerzo. A veces los padres no tenían idea de quiénes eran realmente sus hijos. A veces, la verdad, los padres no sabían nada de nada.

Todos los viernes el Raro comenzaba a rondarla con más intensidad que el resto de la semana. Se sabía su horario de memoria y aparecía en el patio, justo frente a su puerta, al terminar cada clase. Él trataba de poner cara de sorprendido y a ella le daban un poco ganas de gritar. Sus alumnas se daban cuenta y más de alguna emitía un «Uuuuuyyyy» bien cantadito y desatinado. Luisa no se sonrojaba porque no sentía vergüenza. Era otra cosa. Era como sentirse pegajosa. Y nada la ponía de peor humor que eso. Y así, cada viernes, le tocaba inventar una nueva excusa: que justo mi mejor amiga que vive afuera está de visita, que quedé de cuidar a los hijos de mi hermano, que tengo tanto, pero tanto-tanto, por corregir. Ni te imaginas. Y él se hacía el que entendía, el caballero de antaño a pesar de todas las mentiras baratas. Y lo peor: no se rendía. Ahí estaba al viernes siguiente. Infaltable.

En la página de *Clean* no les importaba quién era. Y al principio ella lo hizo de pura curiosidad. No le venía mal el dinero extra, tampoco. Probó con ropa para empezar. Se encendía la cámara y ella pasaba el plumero por mesas y superficies, hacía la cama con cuidado. Limpiaba los vidrios. Sin música. Nada. Pero ese servicio no pagaba tan bien. Y total, qué importaba. En Japón no la conocía nadie. Para ellos era Miss Pearl, que se iba sacando las prendas a medida que ordenaba su departamento, tan pequeño. Miss Pearl que planchaba sus blusas blancas frente a la cámara, en ropa interior de encaje. Nada de brillos. Nada de lentejuelas. Una vez había comprado un plumero de lo más rosado, creyendo que sería más sexy, pero su cliente se había quejado. Y no había dejado propina. Y la propina hacía toda la diferencia. Así que volvió al plumero blanquigris, a hacer el aseo del baño en cuatro patas y sin nada encima más que la crema de limpieza. Nada de guantes, tampoco. Y al final de la sesión a Luisa le quedaban ardiendo las manos.

Empezó a cuidarse más, a comer mejor. Nada de frituras ni chocolates. Salía a correr por las mañanas. Sus clientes no se habían quejado, pero Luisa no podía dejarse estar. No cuando las solicitudes y las estrellitas iban aumentando semana a semana. No cuando estaba tan cerca de juntar el pie para comprarse un departamento.

Las niñitas («Ay, niñiiiitas») comenzaron a encariñarse con ella. Quién sabe cómo (probablemente se lo contó el Raro), se enteraron de su cumpleaños y Luisa, cuando llegó a su sala esa mañana, se encontró con cientos de globos, galletas y mensajitos cursi en el pizarrón. «Ay, niñiiitas, no tenían por qué.» Y Luisa con la blusa blanca que había planchado con exquisita lentitud, el cuerpo bañado en el sudor de un departamento con exceso de calefacción, para un tal Tomikosan. Le regalaron una agenda con mariposas (horrible) y un cuaderno en el que sus treinta estudiantes le habían escrito poemas y hecho dibujos. Ella trató de ponerse sensible, soltar un par de lagrimitas, pero nada. Toledo apareció también, al final del día, con unas flores. Menos mal que por la tarde tenía que salir a hacer unas diligencias y no volvió a acosarla. Odiaba sentirse en deuda. Antes de irse le había comentado, por lo bajo: «El mío es en tres semanas.» Y ella había puesto su sonrisa de Óscar a la mejor actriz de reparto.

Al llegar a su departamento (cargada de regalos de estudiantes y colegas), Luisa se da una ducha larga. Le han llegado algunos e-mails de cumpleaños. Su madre, como siempre, se ha olvidado de llamarla. O tal vez le mande algún mensaje justo antes de que se acabe el día. No tiene ninguna celebración programada. Probablemente se acueste temprano.

Luisa usa gel de baño y cremas especiales para el pelo. Exfolia sus piernas, su rostro. El agua se lleva el asco del día y las sonrisas falsas. Le gusta ducharse con el agua bien caliente, que duela en el cuerpo. Salir con la toalla enrollada y la piel enrojecida. Abre la ventana para que se vaya el vapor. Deja tirados algunos productos por aquí y allá (un cepillo de pelo, un enjuague bucal) para tener algo que ordenar más tarde.

Sólo una hora, se promete.

A veces pedían cosas raras (Luisa siempre decía que no). Nada de usar los productos de limpieza para algo que no fuera, bueno, eso: limpiar. Ellos le mandaban mensajes en inglés, a veces alguno trataba de practicar su español aprendido en algún colegio caro de Osaka. Ella apenas contestaba. Nunca había sido muy buena para el inglés. No importaba. Casi todos volvían. A verla planchar con el cuerpo bien esbelto, el vientre apretado, las gotas de sudor cayendo por la espalda, por los brazos. A ver sus pechos agitarse mientras restregaba por enésima vez las baldosas del piso del baño (y las rodillas le dolían luego por horas). A ver la ciudad reflejada sobre las ventanas que ella limpiaba (la cámara apuntando desde abajo, a ese trasero del que estaba orgullosa).

El computador, sobre su cama, emite unos cuantos sonidos. Hay tres

solicitudes esperando. Dos desconocidos y Tomikosan (el sistema le cuenta que es su quinta vez). Luisa termina de abrocharse el vestido (los prefiere a los pantalones: mientras más pequeños los botones, mejor) y se sienta sobre el colchón. Elige a uno de los nuevos. Le pregunta qué desea. No son tantas las opciones, igual, pero ella espera, paciente, mientras Fukurasan toma su decisión. «Baño», dice, luego de unos minutos que se le hacen eternos.

Afuera ya comienza a oscurecer.

Luisa toma el computador y lo deja en el baño, sobre el inodoro. Apunta hacia abajo. Toma una pequeña escobilla y una crema de limpieza con olor a manzana. Enciende la cámara y se pone de cuatro patas (ay, las rodiiillas).

Luisa se demora. O, mejor dicho, Miss Pearl. De a poco va repasando las líneas entre las baldosas, de a poco va desabrochando los botones de su vestido. De rodillas, deja el vestido sobre el lavamanos. Se quita gotas de sudor imaginarias de la frente y luego, como si nada, como si fuera lo más lógico del mundo, desabrocha su sostén de encaje blanco y posa por un segundo con los pechos erguidos. Le duelen un poco. Ya le debería estar por llegar la regla. Pero de eso Fukurasan no debe enterarse.

Luisa vuelve las manos al piso, vuelve a su cepillito ridículo, y un mensaje aparece en la pantalla. Los clientes deben pagar extra para eso. Su servicio es de los silenciosos: nada de preguntas a menos que se esté dispuesto a pagar más. Luisa se acerca a la pantalla. Se muerde los labios y la apunta hacia sus pezones muertos de frío (¿sabrá Fukurasan que en Chile están en invierno?).

–*Are you clean*? –es la pregunta.

Y Luisa se demora un poco en contestar.

–*Yes* –dice.

Luisa sonríe a la cámara y se inclina para buscar el cepillo. Un nuevo mensaje la interrumpe.

–*Are you clean*?

Piensa en responder «No», a ver si esa es la respuesta que el cliente espera de ella, pero en su lugar anota a la rápida: «*What do you want*?» Espera que no suene maleducado. A Luisa le duelen las rodillas y aprovecha para poner el computador en una de las repisas. Toma el líquido limpiavidrios y dispara sobre el espejo.

La respuesta demora en llegar.

–*Are your ears clean*?

Luisa cree entender. Sobre el botiquín hay una caja de plástico llena de algodones y cotonitos. Ella los toma con una mano (en la otra sigue el líquido limpiavidrios).

–*Could you clean them for me*?

(La pantalla le anuncia que Fukurasan ha sumado al pago una

propina sustanciosa.)

Luisa deja el limpiavidrios y saca un cotonito de la caja. Lo remoja primero en un poco de colonia (una barata, para niñas, que le gusta usar a veces cuando está sola en su casa). Mira a la pantalla mientras introduce la pequeña punta de algodón en una de sus orejas.

Se siente fría. Escarba.

Termina y remoja la otra punta en colonia. Investiga su oreja izquierda. Mira a la pantalla, seria. Se toma su tiempo. Quisiera escribir: «*Are you happy*?», pero se contiene.

Nuevo mensaje.

–*Are you clean now*?

–*Yes* –responde.

Luisa se quita el resto de la ropa y queda desnuda frente a la cámara.

–*Good.*

Fukurasan se desconecta y Luisa se sienta sobre el borde de la tina. Las orejas le arden. Tiene la piel de gallina. Entra frío por la ventana del baño.

Llega una nueva solicitud. Luisa apaga la computadora.

Sobre su cama, el teléfono vibra.

«¿Y si salimos a comer mañana?»

El cuerpo de Luisa huele a manzanas y limpiavidrios.

Le duelen las manos y las rodillas.

Contesta al mensaje con una carita feliz.

4

UN CORAZÓN MÁS PEQUEÑO

No sabe por qué le molesta tanto, pero tiene ganas de gritarles a todos. De a uno va poniendo los anzuelos en su caja. En la cocina, su mujer prepara a la rápida unos sándwiches de atún con tomate (el olor a pescado se siente hasta la sala), unas bolsas Ziploc llenas de zanahorias en palitos y un par de manzanas. Antes lo acompañaba. Antes, cuando eran más jóvenes. Ahora Caro tiene ocho meses de embarazo y José, la verdad, no sobreviviría más de una hora solo con ella. No puede decirle eso, claro. De un tiempo a esta parte hay tantas cosas que no puede decirle y que se le quedan atragantadas.

Caro le sonríe desde la cocina. Tiene los pies y el rostro hinchado, este embarazo ha sido un descuido. Y ahí está armando una merienda saludable cuando ella, cada vez que puede, engulle papas fritas una tras otra mientras ve la televisión. José apoya las dos cañas junto a la puerta de entrada y deja su sombrero de pescador sobre la silla. Tomás lee sentado a la mesa de la cocina. No quiso acompañarlo. No hubo caso. Caro también intentó intervenir, pero Tomás prefería quedarse pegado a sus libros, esconder la cara, protegerse de todo. Un pequeño búnker en medio de una familia al borde del derrumbe.

Llevan siete días en una cabaña en el sur y ya están todos como estorbándose. Y Caro se hace la enferma y Tomás lee sin mirarlos y Sofía pasea de un lado a otro buscando atención. Ya hace su aparición vestida de Blancanieves, el pelo todo desordenado.

–¿Puedo ir contigo? –pregunta.

«Claro que no», quiere decirle. «Te vas a aburrir y vas a joderme el resto de la tarde.» José conjuga todo en un presente rabioso. Tiene ganas de tomar el auto y regresar a Santiago, aunque la ciudad se esté derritiendo y a él le gusta tanto el sur. Caro, sin embargo, abre bien grandes los ojos y lo mira esperanzada.

–¿Puede ser, José? ¿Podrías llevarla?

Sofi hace pasos de ballet inventados y da vueltas alrededor de sus padres. Va de Caro a José dando pequeños saltos y agitando una varita mágica que va llenando de brillantina el piso de madera.

Van a pasar todas las vacaciones encontrando brillitos entre los dedos de los pies, en zapatos y sandalias.

No es un mal padre, José adora a esa niña, pero en este preciso momento preferiría que se quedara con su mamá viendo dibujos

animados. Ya que Tomás no aceptó acompañarlo, él también quiere su tiempo solo. En realidad, él y Mario, el pescador y dueño del bote. Mario que, en cualquier momento, va a llegar a buscarlo.

Caro deja una bolsa sobre la mesa. Hay más sándwiches de los necesarios para dos personas. E incluso tres. (¿Sabía de esto? ¿Le pidió ella a Sofi que se ofreciera a acompañarlo?)

–¿Puedo, papá? ¿Puedo ir contigo?

Sofi se apoya en sus rodillas y lo mira con sus ojos verdes. El vestido de Blancanieves le queda un poco grande. José no puede evitar sonreír. Y Sofi traduce el gesto como un «Sí, claro que sí, nada me haría más feliz que ir de pesca contigo». José se da cuenta un segundo demasiado tarde. Y lo único que alcanza a pedirle es que, por favor, se cambie de ropa. Que las princesas no salen a pescar.

Caro también sonríe. Y él lo traduce como un «Gracias, eres lo mejor». Aunque lo que Caro en realidad piensa es «Por favor, por favor, llévatela». Quedarse con su hijo mayor es otra cosa. Con él pueden jugar a ser invisibles. Tomás muy tranquilo leyendo en la sala y ella durmiendo una siesta infinita. Ella y su panza planetaria.

Son sólo un par de minutos, aunque a José se le hacen eternos. Y ahí aparece Sofi con un disfraz de pescadora. Incluso eligió una polera con peces de lentejuelas (lentejuelas que quedarán al fondo del bote, que se mezclarán con la sangre de los pescados, brillando al sol). Eso y unos shorts de jeans. Eso y unas sandalias de *La Sirenita* (regaladas por su suegro, de su último viaje a Miami, todos los malditos que pueden ir de vacaciones a Disney). Caro toma un protector solar y le esparce la crema, viscosa, por brazos y piernas. Le pone un poco en las manos y le indica que se la pase por la cara. Sofi obedece con algo de asco, le molesta la crema entre los dedos, le molesta la crema que le entra a los ojos, y le caen un par de lágrimas.

Esto va a ser una pesadilla.

Esto va a ser fantástico.

Esto va a ser.

Porque ya va pasando Mario con su camioneta. Caro se pone una bata y lo ayuda a llevar la caja de anzuelos, los snacks y un par de sombreros. «¿Llevas repelente?», le grita, cuando el auto comienza a moverse, y José se hace el que no escucha. Va atrás, acompañando a Sofía, la cabeza apoyada contra la ventana y ya bien arrepentido de todo. La niña sonríe y se despide moviendo la mano derecha con energía. Tomás no levanta la vista de su libro.

Caro cierra la puerta.

Por fin solos.

Mario habla con Sofi todo el camino, aunque se nota que a él tampoco le gusta la idea. Le pregunta por sus princesas favoritas (Blancanieves,

Bella y Ariel), por lo que le gusta comer (frutillas con crema, helado de chocolate) e incluso le pide que le recite esa poesía que aprendió recién en el colegio. Sofi está contenta. Hace días que no le hacen tantas preguntas. Hace días que no la miran tanto. Resplandece de pura alegría. Mario también sonríe, pero su sonrisa habla de otras cosas: de lo incómodo que va a ser tenerla en el bote, de todo lo que va a alegar por los colihuachos y por el sol que, no importa cuántas capas de crema se ponga, la va a dejar como jaiba.

Mario lo mira por el espejo retrovisor. José no dice nada. Es un lindo día, la verdad.

Caro le deja un té con leche y unas tostadas con palta a Tomás, quien apenas le da las gracias. No importa. Sólo necesita saberse una madre preocupada por la alimentación de su hijo y, ahora que eso está cumplido, poder ir a encerrarse a su pieza. Tomás no la va a echar de menos. Cientos de páginas de paz. Caro cierra la puerta y abre todas las ventanas para que entre la brisa fresca, deliciosa a esta hora. Podría leer, pero no quiere. Prefiere quedarse recostada, la vista fija en el techo. Eduardo se mueve, le molesta en las costillas, ya apenas puede respirar. Se siente completamente invadida. Eduardo le parece un nombre demasiado adulto así que, en secreto, le dice Ed. Eduardo, como su abuelo paterno. José nunca hablaba mucho de él pero, en cuanto Caro le mostró el test de embarazo con sus dos rayitas azul brillante, le pidió si podía llamarse Eduardo. «¿Y si es niña?», había dicho Caro. Si es niña tú eliges, le había contestado su marido. Y ahí estaba Ed, dándole patadas, sin dejarla dormir. Los niños ya estaban ansiosos. Sabían que en cualquier momento podría llegar.

Caro camina al baño a lavarse la cara. Evita mirarse en el espejo. Hace meses que no le gusta verse. Siente el agua corriendo por sus mejillas, por su cuello. La polera del pijama queda salpicada y húmeda. No importa. Se siente fresca. Abre la puerta y mira hacia la sala. Tomás sigue en el mismo lugar, pero ya no hay pan en el plato frente a él y el té ha dejado de humear. No alcanza a ver si se lo ha tomado. La casa se siente tranquila sin Sofía y José. Se siente culpable de pensarlo, pero la prefiere así. Al menos por hoy. No tiene ganas de preocuparse del almuerzo ni de levantarle el ánimo a José. Es agotador tratar de suavizarle el mundo para que no se irrite y les grite a los niños. Para que no le insista tanto a Tomás para que lo acompañe a jugar a la pelota o a correr, o para que deje que Sofía le cante, sí, por enésima vez, sí, de lo más desafinada, esa canción de las princesas. No se supone que tienen que gustarle estas cosas, pero al menos tiene que poder disimular un poco. Ellos se dan cuenta, José, es lo que le dice todas las noches, ya en la cama. Ellos se dan cuenta de tu rabia, de tu incomodidad. Él nunca dice mucho y Caro puede sentir

que hasta Ed se da cuenta de todo. Que hay que ser ciego para no darse cuenta.

–Sofi, siéntate con cuidado y desde ahora en adelante me haces caso en todo lo que te diga, ¿ya?

José trata de decirlo con su mejor sonrisa y Sofía le sonríe de vuelta. No dice «Sí, papá», tampoco asiente, pero al menos ya está ahí sentada con su mochila de las princesas Disney. Nunca ha sabido qué carga en esa mochila que lleva a todas partes. ¿Juguetes? ¿Lápices de colores? Nunca la abre pero siempre está con ella, como la mantita de Linus en Snoopy.

José se sienta frente a ella. Mario se encarga de los remos.

–Nada de tocar el agua, ¿ya? Sólo cuando yo te diga.

Y Sofi vuelve a sonreír. Hace calor y el sol les llega de lleno, aunque corre una brisa suave. José abre su caja de anzuelos y el primer instinto de Sofi es abalanzarse sobre ellos. José le grita «¡Cuidado, Sofi!», ya sin sonrisas.

–Estos pinchan. Hay que tocarlos con cuidado.

Sofía los mira con inquietud.

–Esas plumas de colores tan bonitas, esos que parecen insectos de metal que brillan al sol, ¿pinchan? ¿En serio?

José le muestra uno de cerca, con plumas rosadas, y Sofía las toca lentamente con su dedo meñique.

–Suave –dice.

José sonríe otra vez.

–Sí, suave. Si quieres, cuando lleguemos a la casa, te hago uno que no pinche.

Mario no participa de la conversación. Hace mucho que no pasa tiempo con niños. Los suyos hace rato que crecieron y se fueron a Santiago y, por lo general, los veraneantes que salen a pescar no traen a sus hijos; a lo más, algún adolescente espinilludo. El río no lleva mucha agua y le preocupa. Ojalá tengan buena pesca. Eso siempre le alegra el día. José es de los que se lleva los peces a casa y se los come. No como esos gringos que hacen pesca deportiva y se creen de lo más buenos porque después los sueltan de vuelta al agua. Como si los peces pudieran llevar una vida muy plena con el hocico todo roto, como si estuvieran muy felices de enterrarse un anzuelo para que ellos se sacaran una foto y luego volver al agua, heridos, para que otro gringo los pescara otra vez. José es un buen cliente. Sólo espera que la niña se porte bien y no empiece a llorar cuando se aburra.

Sigue remando.

Caro escucha música. Canciones más o menos tontas, canciones para reír, canciones para llorar. Las escucha con audífonos para no molestar a José mientras duerme y, de alguna forma extraña, eso la

hace sentirse protegida. En ese espacio seguro, sólo están ella y sus canciones. A veces, en Santiago, se arranca al cine. Es un pasatiempo peligroso, en todo caso, y ella lo sabe. En ocasiones, las películas le recuerdan que hay gente pasándolo peor que ella, que hay familias más disfuncionales que la suya, pero hay otras que la hacen confrontar lo triste de su situación. Sí, Caro está segura: si su vida, en este momento, fuera una película, sería de esas en que los personajes no hablan mucho entre sí y el espectador entiende que están infinitamente solos. Que en ese no pasar nada, en esa existencia silenciosa frente a pantallas de televisión, se concentra una tristeza en la que es posible chapotear. Cuando se encuentra con una de esas, Caro vuelve por un par de días a las revistas de moda. Ahí no hay preguntas molestas, sólo imágenes de mujeres bellas y uno que otro artículo frívolo. Un territorio seguro.

Caro se quita los audífonos. Llega frente a Tomás sin que este levante la vista del libro. Sigue la lectura con uno de sus dedos y el gesto la enternece.

–¿Tomi? ¿Qué tienes ganas de almorzar?

Por lo general nunca le pregunta, pero hoy se siente generosa. Tal vez incluso podría invitarlo a algún restaurante del pueblo, total, ella se quedó con el auto y José y Sofi van a llegar por la tarde.

Tomás todavía no la mira.

–¿Quieres salir? Tal vez podríamos probar esa parrillada argentina que se puso en la calle principal. ¿Te tinca?

Tomás deja el libro sobre la mesa. Se nota que no está feliz. Incluso, podría agregar, se nota que no es feliz. No en este momento. No en estas vacaciones.

–Lo que tú quieras, mamá –contesta al fin.

–¿O vamos al lago? Está lindo el día.

–Ay, mamá. Tú sabes que no me gusta bañarme.

Caro se sienta junto a su hijo. Él se mueve un poco más lejos. Incómodo.

José silba una canción antigua mientras espera a que algo pase. Lleva largo rato intentándolo, con anzuelos de distintos colores y tamaños. Y hasta el momento, Sofi se ha portado como una reina. Mira todo muy callada y a veces se queda como hipnotizada mirando los árboles, el río. Quizás el agua la calma. Él también se siente mejor cuando está cerca del mar o en lo hondo de una piscina. Mario tira sus anzuelos y si bien a él sí le han picado en varias ocasiones, tampoco ha logrado sacar nada. Sofi se pone tensa cuando pican los peces. Se queda rígida en su asiento y José cree ver que incluso, por unos segundos, deja de respirar. Su hija tiene las uñas pintadas de un rosado fosforescente, seguramente ocurrencia de Caro. No le gusta. No sabe por qué, pero

nunca le han gustado las uñas pintadas.

José siente un tironeo bajo el agua y se levanta de su asiento. Lo que sea que esté allí está dispuesto a dar la pelea. Mario le pregunta si necesita ayuda y José responde que no se preocupe, que él se la puede solo. Va recogiendo el nylon con paciencia, no quiere que se corte, quiere sacar este pez para Sofía, quiere que se sienta orgullosa de su papá. Ya puede verlo asomándose a la superficie. Es pequeño. Debería dejarlo ir. Si sigue tirando tan fuerte lo va a romper. Sofi comienza a dar alaridos. José piensa que son de alegría, pero luego se da cuenta de que son chillidos de terror.

–¡Le duele, papá, le duele! –grita Sofi, ahora de pie y agarrándolo de uno de sus brazos.

De la polera de la niña se desprenden algunas lentejuelas rosadas que quedan en el fondo del bote.

–¡Vuelve a tu puesto, Sofi! –le grita a su vez José y en un segundo da el tirón definitivo que trae a la pequeña trucha junto a ellos.

Mario la toma con cuidado.

Tiene la boca herida y se agita, descontrolada. Le duele, papá, suelta al pescadito, devuélvelo al agua. Mario logra quitarle el anzuelo y la trucha resbala de entre sus manos. Se revuelca desesperada y los chillidos de Sofi se vuelven más y más agudos. Que se calle, por favor.

Pero ella está aterrada, las lágrimas le corren por las mejillas y tiene el rostro enrojecido de decepción y rabia. Sin embargo, el pánico a acercarse es más fuerte y se queda muy sentada mientras la trucha se agita y se agita, golpeándose contra la bolsa de los sándwiches, los palitos de zanahorias, el par de manzanas.

5
HOJAS

Sofía intenta escribir por segunda vez en la mañana, pero no le resulta. Las páginas de su cuaderno están demasiado húmedas, blandas al tacto, y ya tres de sus lápices se le han reventado en las manos. En momentos como estos sólo piensa en irse, todas las razones para estar ahí se van esfumando una a una, sin peso.

Sofía refunfuña. Se pasa una mano por el pelo mojado de transpiración, cree que va a explotar del calor que siente.

Nadie le dijo que sería así. O, en realidad, sí.

Fue ella la que no lo quiso creer.

Busca una nueva polera. La que lleva ya empieza a oler mal y eso que sólo son las once de la mañana. Toda su ropa está guardada en bolsas Ziploc dentro de una mochila enorme. Eso le recomendó uno de los chilenos que había estado en la estación haciendo una pasantía unos meses antes. Se habían conocido en Santiago, en una sesión informativa. Luego se habían juntado un par de veces a almorzar, a tomar café, para que Lucas –así se llamaba él– pudiera darle consejos. La información la hacía sentir más tranquila. Siempre había sido así. Como si con sus muchas notas pudiera mantener el mundo bajo control.

Sofía lleva tres semanas en la estación. Le quedan seis más.

Y quiere gritar.

Fue Lucas también quien le recomendó lo de los apuntes.

–No tengo idea de por qué piensas ir a perderte allá –dijo y algo de la espuma del café se le quedó en los bigotes y Sofía se hizo la tonta–, pero lleva hojas: de libros, de cuadernos, lápices. Te vas a sentir muy sola, ya vas a ver.

Y eso que él decía como una advertencia, a Sofía le sonó como un verdadero paraíso. Exactamente eso era lo que quería: no conocer a nadie y que nadie supiera de ella ni de su historia. Tener tiempo para pensar y hacer cosas simples. Dejar que las manos hicieran todo el trabajo y que la cabeza, por fin, tuviera un descanso. Tener luz sólo un par de horas al día (y casi bailar de felicidad alrededor de su ampolleta cuando, por fin, se encendía por la noche, de siete a nueve).

Ducharse rápido y con agua fría todas las mañanas.

Dormirse, rendida, acunada por el ruido de la selva.

Nunca había estado en el Yasuní y, la verdad, estar en la estación se parecía a estar en ninguna parte. Alejada de todas las coordenadas, un viaje que demoraba nueve horas en distintos medios de transporte (avión, bote, camión, bote otra vez) para llegar a un conjunto de cabañas perdidas entre los árboles.

Sí, unas vacaciones en ninguna parte. La expresión exacta era «voluntariado»: Sofía estaba ahí de voluntaria gracias a un afiche estratégicamente colocado junto a la facultad de Biología.

Sofía estudiaba Arte pero tomaba un optativo en la facultad de Letras, a pocos metros de la de Biología. Y también, y sobre todo, en esa facultad trabajaba Carlos, profesor de Medioambiente I. Lo había conocido en una charla a la que se metió por error y había quedado deslumbrada; Carlos sólo la había agregado a una larga lista de errores que después volverían a pasarle la cuenta.

Desde las portadas de todos los diarios.

Sofía se enteró unos meses demasiado tarde. Primero, de los rumores, que intentó no creer. Luego, los letreros y mensajes anónimos que aparecieron pegados por todo el campus terminaron por romperle el corazón. Y si bien su corazón era melodramático en extremo y su primera intuición fue pensar en frascos de pastillas, en baños de tinas enrojecidas y saltos al vacío, finalmente sus ideas quedaron enganchadas del anuncio que, desde una de las murallas del campus, ofrecía experiencias únicas en el bosque lluvioso de Ecuador. Sin necesidad de experiencia previa, sólo las ganas de ayudar. Todo era verde en ese póster, árboles y más árboles y una chica con una sonrisa enorme que ofrecía su testimonio en una burbujita blanca de cómic. Eran las vacaciones de invierno y Sofía pidió permiso para faltar también al primer mes de clases del segundo semestre. Era buena estudiante y, considerando las circunstancias, era mejor que desapareciera por un tiempo. Total, ella no quería dar su testimonio. No podía.

Sofía se adiestró con Lucas.

Y ahí estaba.

Alfonso, el cocinero jefe, la saluda. Hoy la espera con una taza de café «pintadito» con una gota de leche, como a ella le gusta, pero las primeras semanas, Sofía está segura de que la odió. Para Alfonso, ella no era más que otra extranjera, otra niña bien que llegó llorando a la cocina, aullando por hielo, luego de la primera picadura de avispa. Todos se rieron de ella.

–Deje de llorar, niña, si con esto sólo se hace más valiente. Es para la fuerza, verá.

Y Sofía que se habría cortado el brazo con un machete de tanto

dolor que sentía. La palma de la mano le ardía y comenzaba a hincharse. Le dieron un vaso con hielo y ahí dejó la mano hasta que los cubos se derritieron por completo (en algo que le parecieron segundos).

Los primeros días, la verdad, nadie le habló mucho. Ni los cocineros, ni los chicos encargados de la estación (profesores de ecología, como Carlos), ni los científicos extranjeros que hacían investigaciones sobre monos y pájaros. Cada uno metido en su mundo. Los primeros días Sofía sólo vivió dentro de su cabeza y las hojas de sus cuadernos. Lucas tenía razón, nunca se había sentido tan sola en la vida. Tampoco podía comunicarse con el mundo allá afuera: si bien existía la posibilidad de conectarse a internet, era caro y, lo peor, mal visto. Cada vez que llegaba con sus billetes manoseados y a punto de desintegrarse por la humedad, la encargada, Gaby, la miraba como alguien de menor categoría, un ser débil, inferior. A los pocos días dejó de ir. Total, los únicos e-mails que recibía eran de Lucas y su madre para saber si estaba viva, de Ed para mandarle links a algún video divertido y de Carlos para preguntar, una y otra vez, en el asunto, sin ninguna otra línea en el correo: «¿Estás bien?»

Sí, se dio permiso. Podía desaparecer por un rato.

Las noticias nunca las miraba.

Por coincidencia o no, empezó a tener un lugar en la rutina de la estación. Se ofreció a madrugar para ayudar a cocinar el pan junto a Alfonso. De ahí, luego de desayunar y lavar los platos, mientras los científicos se instalaban en la biblioteca (único lugar de la estación con aire acondicionado) o salían a hacer sus caminatas por los senderos que recorrían la selva, Sofía tomaba un balde con productos de aseo y pasaba de cabaña en cabaña, haciendo la limpieza. Nadie le había preguntado nada, pero todos la habían mirado con sorpresa. La persona encargada de la limpieza había renunciado pocos días antes de la llegada de Sofía y todavía no tenían reemplazante. Por las noches lanzaban monedas al aire para repartirse los turnos, hasta que una noche, desde una de las mesas vacías, Sofía levantó la voz y dijo que ella lo haría. Nadie se opuso. Más de alguno se rió, incómodo.

Por lo general eran bastante limpios, los científicos. Dejaban sus botas embarradas fuera de la cabaña y colgaban su ropa en un rincón especialmente destinado para ello. En cada habitación había dos camas o dos camarotes (dependiendo de la cantidad de investigadores), una mesita de noche con dos velas y un pequeñísimo baño con ducha y excusado.

Sofía debía encargarse de vaciar los basureros, reponer las velas y las cajitas de fósforos; rellenar los envases de shampoo y jabón y estirar las camas (sólo una sábana y un livianísimo cobertor de color

verde, aunque, ella estaba segura, todos dormían encima y sin taparse). No había ni ventilador ni aire acondicionado y por las noches el calor era absurdo. Por las mañanas, amanecía con el pelo pegado a la frente y las sábanas empapadas.

Al comienzo sólo se dedicó a la limpieza. Doblaba la ropa de los investigadores, las toallas, sacudía el polvo y trataba de que las arañas salieran de las cabañas sin tener que matarlas. No siempre le resultaba. Al menos, ya no les tenía miedo. Tampoco a los mosquitos. Si bien los primeros días había dormido envuelta en una nube de repelente, pronto se había acostumbrado a no echarse nada y soportar las picaduras con orgullo. Nada era peor que dormir con el gusto de los químicos en la garganta.

Pero pasados los días empezó a fascinarse por las hojas de los demás. Todos tenían sus cuadernos, sus revistas, incluso sus diarios de vida. No había dónde esconderlos. Estaban o sobre el velador o en sus mochilas. La estación funcionaba con un sistema de confianza a toda prueba. Las puertas de las cabañas no tenían llave, nada podía cerrarse con candado. En el comedor, podían tomar las galletas y frutas que quisieran, aunque siempre eran comedidos. Mesurados. Un equilibrio precario, pero perfecto. Eso sí, algunos se traían comida desde Quito: cajas de barritas de granola, tupperwares llenos de almendras o avellanas. El hambre a veces podía ser brutal.

No recuerda qué fue lo primero que leyó. Tal vez, los apuntes de Stephen sobre los monos. A veces, incluso, se encontraba uno que otro dibujo. Le daban ternura, no eran muy buenos sus intentos.

Los apuntes estaban escritos en una letra apretada, posiblemente a la rápida, en los segundos después de sacar su libreta de la bolsa Ziploc y de la mochila, los segundos exactos antes de que comenzara a humedecerse todo. Algunos apuntes estaban en mejores condiciones que otros. Quizás algunos los escribía en la biblioteca, por la noche. Sofía creía haberlo visto un par de veces por ahí. No siempre encontraba sus libretas. Algunas veces, se imaginaba, Stephen debía llevarlas consigo.

También leía los de Hjordis, la sueca, aunque no entendía nada. Le gustaba mirar esas palabras, unas junto a otras, pasar las páginas, ver los cambios en la caligrafía, distinguir las manchas de humedad. Pero sus favoritos eran los de Diego, quizás porque escribía en español y podía entenderlos perfectamente. O tal vez porque siempre estaban ahí. Escribía todos los días, por las noches, y a la mañana siguiente Sofía tenía nuevo material de lectura.

Sin embargo, cuando se lo encontraba en persona, casi nunca le hablaba. A lo más un buenos días dicho de pasada. Nunca tomaba desayuno con los demás. Se llevaba su taza de café y unos panes con mantequilla de maní a la oficina. Todos decían que la selva lo estaba

transformando: cada vez más arisco, cada vez con menos ganas de volver a Quito por un par de días (como hacían todos los demás, casi con desesperación). Sofía no hacía más preguntas. Le gustaba su rol de chica tranquila, la que hacía los trabajos que nadie más quería hacer. La que leía todo lo que los demás no podían esconder.

Después de la limpieza, Sofía se iba a perder por los senderos. Al comienzo de cada uno, había un letrero de madera con su nombre. Generalmente, un animal: Puma, Papagayo, Mono Aullador. A veces seguía los pasos de alguno de los grupos de investigadores; otras le pedía a algún guía que le mostrara nuevos rumbos. Cada semana llegaba gente nueva a la estación. Grupos de universitarios que llenaban todo de ruido por un par de días, a veces algunos periodistas o equipos de cineastas buscando imágenes para un documental. Cada uno en su mundo y sin dirigirle la palabra a menos que fuera estrictamente necesario.

Sofía dormía sola en una cabaña. En la puerta tenía el dibujo de un puma. Siempre estaba con hambre.

Todos los días, algunos investigadores o estudiantes salían a hacer una flotada. Así le llamaban a dejarse llevar por la corriente del río Tiputini a lo largo de kilómetros, seguidos de cerca por un barco de la estación. Sofía siempre los acompañaba, no sin algo de miedo. Acompañar era un decir, claro. En realidad, sólo compartían el espacio del bote. La ponía nerviosa esa agua turbia en la que no podía ver más allá de sus manos. Imaginaba anacondas y pirañas nadando entre sus piernas. Cada vez que una rama pasaba a rozarla, Sofía tenía que reprimir sus gritos. Ya se habían reído suficiente de ella. Pero le gustaba adentrarse en el río y respirar bien profundo. Nada se comparaba al olor del bosque lluvioso, un aire que sentía que la purificaba por completo, se llevaba los malos ratos, le daba una nueva oportunidad. El cuerpo quedaba con un olor distinto, se sentía diferente al tacto. Cada vez, una nueva Sofía.

Se había acostumbrado a trabajar en silencio. El primer día había dejado su iPod y los audífonos en una de las «cajas secas» de la estación y no había vuelto nunca a buscarlos. Sin ellos, ya podía distinguir los ruidos de distintas especies de mono y los cantos de las aves. Le gustaba el crujir de la hierba bajo sus botas, el sonido de las ramas cuando se abría paso por los senderos. Por las tardes, cuando volvía a su cabaña, rendida, justo antes del turno de la cena, justo antes de la última lavada de platos, Sofía intentaba hacer sus propios dibujos, tomar apuntes. No era un diario, no estrictamente. No todo lo que contaba allí era verdad. Lo importante era sacarse el día y sus historias de encima, sin importar el formato. Sus dibujos eran de los

árboles, de los insectos que iba descubriendo, pero también de los cambios de su cuerpo. A veces encendía una vela en el baño por la noche, se quitaba las camisetas transpiradas, los pantalones ya pegados a las piernas, los sostenes llenos de mugre, y se miraba al espejo. Su cuerpo brillaba y le parecía hermoso. A pesar de los kilos de más, a pesar del pelo sucio. Sólo en esos momentos Sofía se daba permiso de sonreír frente a su reflejo.

Carlos tenía dos espejos enormes en su dormitorio, resabios de una relación anterior con una ex de lo más vanidosa. O eso le había dicho.

A él le gustaba mirarla. Ver su rostro descuadrarse de placer (o de dolor, era difícil distinguir las sensaciones cada vez que se encontraban). Ella, en cambio, siempre los evitaba. Se sentía imperfecta, inadecuada: los pechos caídos, las estrías insinuándose en el trasero, la panza algo abultada cuando estaba sobre él. No, ella prefería cerrar los ojos y sentir que el mundo se llenaba de agua, que su cuerpo se desbordaba, que podía morirse, que quería morirse, en ese preciso momento. Ahora llevaba casi tres meses sin que nadie la tocara y el cuerpo entero se sentía alerta. A veces, sin querer, Alfonso pasaba a rozarla cuando buscaba algún plato en las alacenas o sacaba el pan del horno y Sofía sentía un escalofrío que le subía desde la punta de los pies y por la espalda. Luego, en su cabaña, ya cansada, muerta de calor, el cuerpo sucio, no le daban ganas de tocarse. Y cuando lo intentaba, nada respondía a su tacto. Sofía se quedaba dormida con la mano adentro de los calzones o sobre uno de sus pechos; el cuerpo aletargado e impaciente.

Aún hoy le cuesta llevarse bien consigo misma, con su cuerpo. Su educación sexual había sido torpe y atarantada. Su madre habló con ella cien veces (ella, que no hablaba con su hija para nada más, que trataba de no hacer preguntas) para asustarla acerca de los embarazos adolescentes y de las muchas enfermedades que se podía contagiar. El cuerpo era el lugar del miedo y Sofía se había ido acercando al deseo primero con terror, luego con cautela, para terminar hundiéndose en él hasta llegar a su profundidad más oscura y viscosa. Había tenido su cuota de nadas. De tipos encima o debajo de ella, rugiendo como animales, mientras Sofía se aprendía de memoria las grietas de la pintura del techo o de las paredes. También la habían dejado colgando de un hilo de placer sin llegar nunca al orgasmo. La habían besado con tranquilidad infinita y había amanecido con moretones en los brazos y en los pechos. Se había aburrido, mucho. Siempre tomando mil precauciones, y aun así aterrada hasta que por fin le llegaba la sangre. No era la única. Sus amigas también habían sido educadas en el terror. Todas adiestradas para ver en los hombres unos depredadores que sólo querían usarlas. No, nadie les había enseñado a lidiar con el deseo. Ni con el propio, ni con el que los demás sentían

por ellas.

En la estación era difícil sentirse bonita. Nadie la miraba, o eso creía. Todos más preocupados de sus experimentos, de sus rutinas. El cuerpo allí era algo que caminaba, que comía –nunca lo suficiente–, que se movía. Funcional. Básico. Sus manos estaban ahí para lavar platos; sus piernas, para llevarla a todas partes. Sus labios estaban resecos, tenía los brazos inflamados de picaduras. El cuerpo, su cuerpo, era un país extranjero que reconocer. Ese cuerpo que ahora soportaba temperaturas que nunca antes había experimentado, que se lavaba con agua siempre fría, que ya no tomaba ni comía productos procesados. Su cuerpo que, a veces, cuando la desesperación era mucha, soñaba con otros cuerpos y por la mañana se despertaba jadeando.

Hoy es el primer día que Sofía limpia el cuarto de Hannah, una investigadora joven que llegó sola ayer. No habla mucho: como todos los científicos, como todos al principio de la estadía (luego no queda otra que encontrar un lugar, que abrirse un poco) y Sofía siente una curiosidad inmensa. Hoy ha tomado una barcaza para ir a recorrer; Sofía tiene todo el tiempo del mundo.

Golpea la puerta por precaución y nada. Hannah ya ha partido.

No ha traído mucho equipaje. Sólo una mochila. Sobre el velador hay una libreta y un estuche con lápices; un libro nada más. El libro se llama *Anil's Ghost*, de un tal Michael Ondaatje. Sofía no lo conoce. Está lleno de marcas: subrayados, notas al margen, banderitas Post-it que en un par de días ya estarán absolutamente irreconocibles. Sofía hace primero sus tareas: saca la basura del baño, limpia el espejo (evita mirarse en él), recoge unas cuantas prendas de vestir y las cuelga. Estira la cama, que sólo tiene unas arrugas mínimas, y se sienta en el suelo. Hace mucho calor. Por su ubicación, la cabaña de Hannah es la más calurosa de todas.

Los apuntes están en inglés, pero eso no es problema, Sofía entiende el idioma, puede leerlos. Es una mezcla de diario de vida con notas científicas. Va a poner distintas cámaras en la selva, para así fotografiar y grabar a los animales cuando crean que nadie los está mirando. Quiere vender los derechos de las fotos a la *National Geographic*. Comenta que algo de apoyo le dieron. Hannah anota todo. Cada centavo que ha invertido en el proyecto, el costo de este viaje a la Amazonía, las calorías que come cada día, la temperatura. Sofía abre la mochila con cuidado de no mover mucho sus contenidos. Hay ropa interior, calcetines, un par de pantalones y camisetas; un bolso con cosas de aseo personal, una cámara de fotos, unos cuantos frascos de remedios (Sofía no alcanza a identificarlos) y un test de embarazo. Nerviosa, vuelve a cerrar la mochila con un gesto algo brusco.

Sobre el velador hay otras tres libretas, aún en sus fundas de plástico. Sofía sonríe contenta frente a la perspectiva de nuevas lecturas. Hannah piensa quedarse un mes en la estación y escribe en sus cuadernos varias veces al día. Sobre el respaldo de su cama alguien talló la palabra «Calma». No Hannah; el mensaje lleva ahí al menos desde que Sofía comenzó a dedicarse a la limpieza.

Todavía no tiene amigas en la estación. Las mujeres le hacen un poco el quite. Gaby, una de las encargadas, ya le sonríe e incluso le ha ofrecido conectarse a internet gratis, cada vez que quiera. Pero en toda su estadía nunca ha tenido una conversación importante. Siempre ella y su cabeza, ella y sus hojas. Ya se le terminaron todas las novelas que trajo consigo (no eran muchas; el gran lector, en su familia, era su hermano mayor), incluso algunas que habían quedado olvidadas en la biblioteca por otros investigadores del pasado, en su mayoría best-sellers de misterio o romance.

Ese primer día de limpieza en la cabaña de Hannah, Sofía lee el comienzo de *Anil's Ghost*. Sólo se atreve con unas cuantas páginas, tiene miedo de entretenerse demasiado y que se le pase el tiempo. No quiere que Hannah la vea intruseando en sus cosas. Sofía es una experta en pasar desapercibida, en ser invisible, pero también tiene un talento especial para indagar en las vidas de los demás, sin dejar rastros. Ahora, en la estación, Sofía mantiene su diario de vida envuelto en una polera dentro de la bolsa donde guarda la ropa sucia. Nadie buscaría ahí. Cuando era niña, e incluso de adolescente, Sofía escondía sus diarios en cajas de zapatos al fondo del clóset, los forraba como los cuadernos del colegio y los guardaba tras los juguetes, todo para que su madre no los encontrara. Le constaba que tenía curiosidad. Que revolvía sus cajones y su mochila en busca de evidencia de algo. (¿Tal vez su padre la había contactado? ¿Fumaba a escondidas? ¿Se había acostado con alguien?)

Una vez la descubrió leyendo el diario de Tomás, su hermano mayor, guardado en una caja bajo la cama, nada inteligente. Su madre se puso pálida al verla en el marco de la puerta. «Es que anda tan raro tu hermano», le había dicho, «mejor lo dejamos como un secreto entre las dos». Y fue un secreto compartido, sí, aunque no de la forma que ella pensaba. Después de esa tarde, Sofía también comenzó a leer los diarios de Tomás.

Era en extremo melodramático: todas las semanas quería desaparecer. Todas las semanas la vida le dolía demasiado. Su mamá lo obligó a ir al psicólogo, al psiquiatra, incluso probó con la acupuntura. Su hijo se estaba acercando demasiado al abismo; se le iba de entre los dedos. Dibujaba rostros contorsionándose, demonios, seres deformes. Entonces Sofía le contó a Tomás sobre las lecturas de su madre y el diario dejó de estar bajo la cama. Sofía creyó que así se

ganaría el corazón o, al menos, la complicidad de su hermano, pero no. Sólo recibió una cara de terror y un gracias algo nervioso. Al día siguiente su madre ya no pudo encontrar el diario y no se atrevió a buscarlo más. Sofía siguió con sus lecturas; el cuaderno ahora escondido en una bolsa dentro de un abrigo del clóset de su papá.

No era un mal escondite. Su mamá hacía años que evitaba ese lugar de la casa. En un momento pensó en deshacerse de todo y la tía Marcela se había ofrecido a ayudarla. Pero luego las cosas se complicaron con ella y su madre, como siempre, no tuvo tiempo de hacer los cambios. Sí, el lugar dejó de tener esa aura de museo siniestro, con todos los trajes bien ordenados, los zapatos lustrados, las corbatas infinitas, y ahora sólo parecía una bodega. Apenas se podía entrar y, cuando se abría la puerta, era como si el mundo entero fuera a caerte encima. Lo primero que se veía eran cajas de libros del abuelo, cajas con juguetes que ya ninguno de sus hermanos usaba pero que la nostalgia les impedía botar (ya los querrán los nietos, decía su madre), carpetas con dibujos de cuando eran niños, diplomas de buen comportamiento, de buenas notas, recuerdos que nadie sabía muy bien dónde poner. Aún seguían ahí los trajes y los zapatos, pero ya mezclados con el resto de la historia familiar.

Sofía se acostumbró a escribir su diario en libretas pequeñas que cabían en los zapatos de su papá. Casi todas estaban apretujadas dentro de unas botas de pescador que él sólo usó un par de veces. En la estación las libretas pequeñas eran un despropósito, así que se había comprado un cuaderno grande, si bien igual había traído dos más pequeños para llevar a todas partes. Cada uno en su bolsita de plástico.

Si pudiera elegir un trabajo ideal, a Sofía le gustaría dibujar y escribir las libretas que aparecen en las películas. Esas anotaciones que buscan los detectives en las series de suspenso, esos cuadernos donde los asesinos trazan sus planes, o donde los suicidas dejan ver la sombra del desastre. También esos diarios de candadito en las películas de niños. Las cartas de amor entre dos amantes imposibles.

Ella sabe que el mundo entero puede esconderse en esas páginas. Que ahí están las mentiras y sueños más perversos de personas perfectamente respetables. Las ganas de morir, día por medio, de su hermano. Eso que no se atrevía a decirle a nadie más. Que tal vez ni siquiera le dijo a su psicólogo.

Las hojas lo saben todo.

La vez que le contó a Carlos acerca de las ideas de su hermano, él le dijo que no se preocupara. Que todos tenemos ganas de morir de vez en cuando. Estaban en la cama de él –siempre estaban en la cama: nada de cenas, de ir al cine, podían verlos otros profesores, otros estudiantes–, ella intentando no pensar en su hermano saltando al

metro o estrellándose contra el pavimento. Algo de razón tenía. Ella también lo había pensado alguna vez. Entonces Carlos había agregado, algo más serio: «A menos que haya un plan detallado. Si hay plan es porque la muerte es más que una idea.»

Por semanas no hubo nada. Tomás era un chico triste, como tantos. Pero luego empezaron las reflexiones acerca de lo dolorosa que era la muerte con paracetamol. Un medicamento aparentemente inofensivo te mataba con el peor dolor de todos. Sofía ya no podía dormir. A veces, incluso, se iba a sentar junto a la puerta cerrada de la habitación de su hermano, en medio de la noche. Tal vez así la muerte no se atrevería a entrar.

Fueron sólo unos meses, pero a Sofía se le quedaron pesando en el cuerpo y la memoria para siempre. Tomás empezó a escribir sobre las chicas que le gustaban, sus ganas de viajar, pero en todas las palabras ella veía una sombra. Sofía temía descuidarse y que entonces volvieran los dibujos de demonios, los rostros deformes, las marcas de venenos y sus dosis letales. A los pocos meses, se fue a vivir solo.

Su otro hermano, en cambio, era un niño feliz. Tal vez el único personaje luminoso de su familia. Y a veces, eso le bastaba. Saber que uno, que al menos uno, se había salvado.

Sofía termina de hacer el aseo de la cabaña, cuidándose de dejar todo en su lugar. Regresa a la cocina y guarda los productos de limpieza en uno de los armarios.

Alfonso está haciendo la salsa bolognesa para el almuerzo, otro de los cocineros se encarga de poner la mesa y Sofía se coloca los guantes de goma para lavar los platos que aún quedan del desayuno.

Si le preguntaran por Sofía, Alfonso no podría decir mucho. Nadie de la estación, en realidad. Ninguna pista para una imaginaria serie de detectives. Y a veces se ríe y se apena al pensar en esos clichés, en esos policías interrogando a las familias, tratando de traer algo de luz a lo que está oscuro, a lo que todavía no se ve. ¿Qué sabe su familia de ella? ¿Qué sabe su mamá, sus hermanos? Nunca conocieron a Carlos, ella nunca habló de él en la casa. Lo tenía prohibido. Para qué vamos a echar a perder algo que funciona bien así, le decía, los dos sentados en su auto, estacionado al fondo de un campus enorme y ya de noche. Una familia que no hacía preguntas o que se conformaba con sus respuestas fáciles cuando les decía que se había demorado de más en la biblioteca, estudiando en grupo para una prueba, o que se iba por el fin de semana a la casa de una amiga en la playa. Y los días pasaban pegajosos en el departamento de Carlos. Y el deseo se confundía con el dolor, tan fácil. Y ella se había vuelto adicta a ese despegarse del mundo, a que la quisiera alguien que jamás pensó que

se fijaría en ella y su mirada siempre en el suelo, el pelo tapándole la cara. A que él la viera. A que él le hiciera preguntas, le tomara fotos, la grabara mientras se tocaba y salía de ella ese grito que la abría y que se convertía en sonrisa, en una nueva forma de rendirse. De apagarse.

Entonces sus pocos años pasaron a ser un problema. Y sus mentiras ya no fueron necesarias porque de pronto había tantas excusas, de él, para mantenerlos lejos. Volvió a ser invisible. Y ahora el dolor le pesaba en todo el cuerpo sin poder dejarlo salir. De nada servían las hojas, ni esos cortes que a veces se hacía en los muslos, en las piernas. Carlos la había devuelto a la intemperie. Y allí estaban otra vez sus fantasmas, esperándola.

Quién sabe por qué decidimos querer a quien queremos y a quien dejamos que nos haga daño.

Sofía pasa una mano mojada por su cara, como si así pudiera borrar los recuerdos. Porque ahí están, todos, de vuelta en su cuerpo. Vuelven sus manos, dejando marcas, y los zumbidos de sus mentiras en las orejas. Vuelven su lengua y sus dientes, mordiéndole los labios hasta hacerlos sangrar. Vuelven las ganas de ella de ahorcarlo y de dejarse matar al mismo tiempo. Que le haga daño. Otros daños. Dolores nuevos que tapen a los viejos, gemidos que acallen las preguntas de siempre. El cuerpo tan exhausto que ya no pueda doler más. O duela distinto.

No, ella no iba a testificar en su contra.

Él no le había prometido nada.

Ella nunca fue su estudiante.

Y hay dolores que nos salvan de nosotros mismos.

Su cuerpo ya la había perdonado.

De a poco van llegando los científicos a almorzar. Sofía se seca las manos en el delantal y se pone junto a los cocineros para ayudar a servir los platos.

No hay música y no hablan entre ellos, aunque, de vez en cuando, Alfonso silba.

6

PASILLO

Los únicos que parecen realmente felices son los dos novios sobre la torta. Esa que casi nadie tocó porque ya habían comido demasiado. Un pastel ridículo, desafiando las leyes de gravedad. Hecho de cartón. Al menos los primeros pisos. Y tal vez uno que otro en el medio. Una torre, idea de la madre de José, que ya está que se muere y que nadie se atreve a contrariar.

En la realidad, en cambio, el novio está sentado solo en el bar mientras Caro lo busca entre las mesas, entre los invitados. Tiene el peinado a medio desarmar, una tiara dorada que se le cae y que la hace parecer la sobreviviente de un huracán. Queda poca gente, debieran irse al hotel. Y Caro lo busca. Es raro que los amigos lo hayan dejado solo. José toma un whisky tras otro (¿o es otra cosa? Ya el paladar no distingue). Pero hay que irse, hay que irse. Nadie le dijo que iba a sentirse así. Que un día que debe a la fuerza ser feliz, cansa más que nada.

Eso es: cansancio.

Nada más.

Cuando por fin lo encuentra, el salón enciende las luces y lo primero que ve José son los ojos de Caro con el maquillaje corrido y el borde de su vestido lleno de mugre.

Cuando por fin lo encuentra, Caro ve a un hombre desarmado que le devuelve una mirada vacía.

Quedan un par de amigos que los escoltan al auto. Algún gracioso –¿Roberto? ¿Diego?– lo dejó lleno de cintas, globos, latas y mensajitos subidos de tono escritos con pintura blanca en los vidrios. Ojalá no sea difícil limpiarlos, piensa Caro mientras se arremanga la cola del vestido (esa cola que su madre insistió en agregar porque si no el vestido no parecía de novia). Le duelen los pies, pero sabe que será peor si se saca los tacos. Tiene heridas en el tobillo, siente los dedos rozarse unos contra otros dentro de los zapatos. Presiente ampollas, sangre seca, días de andar pisando mal. Pero sonríe a una última foto. Y José trata de manejar, aunque nadie debiera permitírselo.

Está empezando a amanecer y Caro no puede evitar pensar que la ciudad no le gusta. Que todo se ve sucio. Todavía tiene granos de arroz en el pelo; José huele a alcohol, al presagio de una resaca que mañana no lo va a dejar levantarse. Se darían la mano pero José debe

concentrarse en manejar –y le cuesta, los ojos no funcionan como deberían, el mundo en cámara lenta– y Caro se mira las uñas, descascaradas.

Hay cosas que sólo pasan en las películas. Que alguien se vaya y deje una nota. Que alguien grabe un video y diga eso de que, si estás viendo esto, es porque yo ya no estoy ahí contigo. Que alguien llegue al hotel luego de la fiesta de matrimonio y tenga una sesión eterna de sexo alocado en vez de caer rendido y no despertar hasta el día siguiente a las tres de la tarde.

En el lobby los miran sonrientes. A ellos, los novios. Hay pocos pasajeros, es de madrugada y solo algunos esperan taxis que los lleven al aeropuerto. Más de uno murmura «felicidades» cuando pasan junto a ellos. Una mujer acuna a su hija en brazos. De dos, tal vez tres años. Tiene los ojos semicerrados, pero no deja de mirarla. Caro intenta sonreírle, se arregla un poco el pelo, se endereza la tiara, como si lo único que realmente importara en ese momento fuera que esa niña se lleve una buena impresión. Que en el futuro pueda recordar a esa novia que vio una vez en el lobby de un hotel en una ciudad desconocida.

José anota sus datos en unos formularios que le parecen eternos. Inventa el número de carnet de Caro, total, quién va a revisarlo. Le preguntan si van a bajar a desayunar o prefieren desayuno en la cama y José dice que en la cama y bien tarde.

El hotel había sido idea de sus suegros. Con Caro llevan años viviendo juntos, lo de la noche de bodas era idiota, poco práctico. Pero ellos habían insistido. Es la tradición, dijeron. Para empezar bien las cosas.

El recepcionista le pregunta si necesitan transporte al aeropuerto y José contesta que no. No, gracias. Al día siguiente será cosa de tomar el auto y volver al departamento, lleno de cajas de regalos. Bandejas y ollas que no caben en su cocina diminuta pero que Caro, vaya a saber uno por qué, ha decidido conservar. Eso y todas las tarjetas de felicitaciones. Los buenos deseos. Amarrados con una cinta y guardados bajo la cama.

Nunca se había sentido tan cansado en la vida.

Caro abre la puerta de la habitación y se ríe. Una mueca rara, la verdad. Hay pétalos rojos en todas partes. Chocolates, champagne.

Se sienta bruscamente en la cama y los pétalos vuelan por todas partes.

Rojo. Por un momento todo se ve rojo.

José se mete a la ducha. Dice que es para refrescarse un poco. Desde

el baño le grita, y a Caro le cuesta escucharlo con el ruido del agua corriendo, que vaya a buscar hielo.

Caro se asoma al pasillo. No hay nadie. Siente el murmullo de un televisor encendido a lo lejos.

Cuando se conocieron, Caro pensó que no saldrían más de tres meses. Había tantas cosas que no funcionaban bien. Lo sentimental de ella; lo brusco de él. José venía saliendo de una relación complicada. Ella llevaba mucho tiempo sola. A él le daba por encerrarse: sin contestar teléfonos ni abrir la puerta. Ella tenía días oscuros en los que no podía parar de llorar.

Estaban rotos.

Y habían decidido quedarse juntos.

Del ascensor a la puerta de su habitación hay sólo unos pasos. Diez, a lo más. Carolina arrastra el vestido de novia, ya sucio, tiene el maquillaje corrido, el pelo pegado a la frente, le duelen los pies. Son diez pasos. Doce, tal vez. No hay nadie más en el pasillo a esa hora. En una mano lleva un recipiente con hielo. Esa era su misión y la ha cumplido. Vamos, un pie tras otro, piensa. Aunque duela. Pero Carolina respira profundo y espera a que las puertas se cierren.

El ascensor se va.

Su habitación es la 503.

Caro se sienta en el suelo, con cuidado.

Es sólo un momento, se promete.

Cierra los ojos.

7
HORARIO DE VISITAS

La máscara se siente pesada y el traje le da un calor inmenso. Hilos de transpiración le caen por las piernas; el sudor también se acumula en sus pestañas. Pero Eduardo camina por los pasillos como si nada de eso importara. Le gusta este día. Le gusta darles una sorpresa a los niños que no adivinan, que ni se imaginan, que detrás de ese personaje de las películas está el doctor que a veces los hace llorar, el que les pregunta por síntomas, el que trata de endulzar lo amargo, lo feo, lo que probablemente ya no se puede cambiar.

Los niños esperan bien sentados en sus camas. Todo en ellos brilla. Muchos están rodeados de sus familias, con las cámaras ya preparadas. Eduardo busca a su alrededor, aún falta que lleguen algunos personajes: enfermeros y personal administrativo que ahora se pasean por los pasillos con capas de superhéroes o vestidos de princesas Disney, fingiendo una felicidad radioactiva.

No le digan que en menos de una hora va a estar llorando en su oficina, con la máscara de Darth Vader mirándolo desde su escritorio.

No se lo digan. No todavía.

Hoy es el cumpleaños de su hermana. Eduardo encargó unas flores que debieran llegarle a su trabajo durante la tarde. Hace tres años que no la ve. Ella vive en Estados Unidos y no suele visitarlos con frecuencia. Dice que porque le tiene miedo a los aviones, pero Eduardo sabe que a lo que verdaderamente tiene miedo es al lugar donde los aviones pueden llevarla. A veces le pregunta que por qué no regresa («Ya es hora, ¿no crees? ¿No te aburres allá, tan sola?»). Y ella se queda muda un segundo frente a la pantalla de su computador y le asegura que le gusta allí donde está, que todavía no, que más adelante. En ocasiones, Eduardo saca la carta tramposa y le dice a Sofía que se va a perder a Ema, que la niña va a crecer sin su tía o se va a terminar acostumbrando a su tía pantalla, esa que vive en el iPad y que le manda regalos por correo. Eduardo graba videos de su hija diciendo sus primeras palabras, corriendo por la casa, jugando con el conejo que su mujer insistió en comprarle para que, según ella, se acostumbre a relacionarse con la naturaleza. Uno a uno se los va enviando a Sofía, quien los ve una y otra vez. Ella lo dice para hacer a su hermano feliz, pero Eduardo se imagina la escena de lo más triste: su hermana sola, en un departamento diminuto, viendo a su sobrina

decir «auto», «mamá», «guau».

–¿Listo, doctor? –le pregunta Clara, una de las enfermeras.

Luce irreconocible con su disfraz de Blancanieves. Eduardo asiente, o cree que asiente, es difícil saberlo con esa máscara enorme. Apenas ve por los agujeritos de los ojos. Todo es caluroso, húmedo, allá adentro.

Algo suena en su bolsillo. Un mensaje. «¿Saludaste a tu hermana?», le pregunta su madre, con una carita feliz. Está de cumpleaños, agrega. Eduardo contesta con un sí rápido, pone el teléfono en silencio y vuelve a colocarse los guantes negros. Una de las secretarias se acerca vestida de princesa Leia y alguien (no sabe quién) se pone a su lado con un atuendo blanco de Stormtrooper. Tras ellos, el grupo de los superhéroes (una Mujer Maravilla, un Capitán América, un Hombre Araña y –vaya a saber uno por qué– dos Batman) y un poco más atrás, las princesas (estas se las sabe todas, incluso algunas de sus canciones; se las ha tenido que aprender para cantarle a Ema, para sentirse más cerca, para creer que sabe, que comparte la vida de su hija).

Al verlos entrar, los niños aplauden. Una niña llega a gritar de la emoción cuando una Bella Durmiente algo pasada de peso le entrega una rosa roja (y sin espinas). Todos hablan con los chicos, excepto él, que sólo puede hacer ese sonido de respiración pesada que caracteriza a su personaje. Los padres, los hermanos, le sacan fotos. Eduardo empuña su sable láser y lo blande de un lado a otro. Rogelio, uno de los niños más callados, lo observa con admiración. Eduardo se acerca y le pasa su sable. En el velador hay al menos siete libros apilados unos sobre otros. Una botella de agua. Un vaso con un jugo de naranja a medio tomar. Está pálido y las ojeras bajo sus ojos pasan del violeta al azul oscuro. Está solo; su madre todavía no llega a acompañarlo, pero el niño no parece triste ni preocupado.

Nunca le ha caído bien su madre. A él, a Eduardo. Luisa, cree que se llama. Cada vez que habla con ella sobre la enfermedad de su hijo, que no remonta y se agrava y se agrava con los días, ella lo mira como si no entendiera. Como si el idioma de la enfermedad no pudiera tocarla. Contesta llamadas telefónicas justo cuando su hijo le está contando algo importante. A veces desaparece por horas durante el día y Rogelio lee, lee y lee. Su abuelo, que se llama igual que él, también lo visita y le trae más libros. Y Rogelio los lee con voracidad furiosa. Le recuerda un poco a su hermano mayor. Toda la vida con un libro en las manos.

Algunas enfermeras le traen los libros que sus hijos ya no quieren, incluso Eduardo le compró un par de novelas que dejó bajo el árbol de navidad del hospital, con una tarjeta que firmaba: «Amigo secreto.»

—¿Quién eres? —le pregunta de repente, tocando los bordes de su capa.

De sus brazos delgados salen sondas de distintos colores, su cama está rodeada de aparatos.

Eduardo levanta una de las mangas de su traje y le muestra una pulsera del equipo de fútbol del que es hincha Rogelio y que el niño le regaló después de la última operación (que salió mal, que no consiguió ninguna mejoría).

—¡Doctor Ed! —dice Rogelio entre sonrisitas nerviosas.

Eduardo se lleva uno de sus dedos enguantados a la cara, donde imagina que está la boca, intentando señalar complicidad. El niño repite el gesto. Nadie más se ha dado cuenta de su identidad. Le gusta sentirse así, invisible. Por lo general, en el hospital siempre siente ojos sobre él. De pacientes, de sus padres. El silencio de una habitación cambia cuando él se aparece a hacer sus rondas, sus chequeos de rutina. Cambian los rostros de quienes le hablan, cambian también las expectativas. Todo por su delantal blanco.

Cuando era chico, siempre jugaba con el delantal de su mamá. Le gustaba disfrazarse de fantasma y perseguir a su hermana por toda la casa diciendo «Buuuuu». No era un juego tan divertido, pero Sofía se las aguantaba todas. Lo ayudaba a estudiar, le leía los libros para el colegio. Siempre estaba ahí. Tomás, su hermano mayor, en cambio, siempre parecía habitar en una órbita distinta. A cientos de kilómetros, aun cuando estuvieran sentados uno junto al otro, en la mesa. Siempre leyendo, como Rogelio. No se ven mucho, y eso que Tomás vive en Santiago, no muy lejos de su casa. Es solo, tu hermano, le gusta estar solo, le decía siempre su mamá. Y solo parecía estarse quedando. Al menos, nadie le conocía pareja y siempre tenía una excusa para no asistir a los pocos almuerzos familiares que intentaban improvisar de vez en cuando. Recuerda que, cuando los visitó a él y su mujer en la clínica para el nacimiento de Ema, no quiso ni tomarla en brazos. Prefiero que no, había dicho. Me da miedo que le pase algo. Eduardo no había insistido. Para qué.

Eduardo vuelve a su consulta y se saca con cuidado el disfraz. Debe devolvérselo a un compañero de colegio, fanático de *Star Wars*, que se lo ha prestado por el día. Cuelga la capa en un gancho de la puerta y pone el casco sobre la mesa de su escritorio. Se ve raro ahí, como la víctima de un sacrificio. Vuelve a ponerle volumen a su celular. En su e-mail, un mensaje le avisa de que las flores ya fueron recibidas por el destinatario. No hay aún mensajes de Sofía. La busca en Facebook para saludarla, pero no la encuentra. Le escribe entonces a Tomás: «Acuérdate de que es el cumpleaños de la Sofi.» («Que no se te vaya a olvidar, como el año pasado», quisiera agregar. Pero no lo hace. Y duda, la verdad, de que su hermano revise Facebook). Eduardo se

queda mirando a la pantalla para ver si Tomás acusa recibo de los mensajes (doble check azul) o aparece en línea. Pero no pasa nada. Tal vez esté en clase.

Su oficina está llena de regalos. Todos, de alguna manera, logran averiguar la fecha de su cumpleaños, le entregan chocolates después de las operaciones, cuando los dan de alta, para su santo. A veces incluso le llevan cosas para Ema: un peluche, una muñeca. Eduardo acepta todo como con vergüenza. No sabe recibir regalos. Lo hacen sentir incómodo. Su madre les contaba siempre de sus regalos cuando volvía a la casa después del trabajo. A veces llegaba con ramos de flores, con bufandas nuevas tejidas por alguna paciente. Nada para ellos. Pero no importaba, les gustaba ver a su madre sonreír.

Eduardo se pone el delantal de médico y un fonendo con caritas de animales. Le toca ver a un par de niños muy pequeños. Tres, cuatro años, y los animales siempre los distraen. Al menos, le sonríen. Tal vez sea debido a la falta de pelo por los tratamientos, pero los ojos de esos niños brillan con una fuerza de otro mundo. Y, cuando entran a pabellón, lo hacen sin miedo. Muchos no conocen una realidad distinta que la del hospital y sus rutinas. Al pasar fuera de la habitación de Rogelio, lo ve todavía solo. No lee. Está recostado y con la vista fija en el techo.

El teléfono suena despacio en su bolsillo. Es su mujer. Va algo apurado, pero le contesta de todas formas. Hoy, cuando salió de la casa, ella aún estaba durmiendo. No le gustaba irse así, como un fantasma.

–Hola, mi amor, ¿cómo estás? –le pregunta el rostro de su mujer desde la videollamada.

–Bien, acá con harta cosa. Ahora voy a ver a unos pacientes. ¿Pasa algo?

Su mujer se ve descansada. Hoy no tiene que ir a trabajar. A lo lejos se escucha la voz de Ema que dice «Aloooo, aloooo».

Eduardo se ríe.

–¿Quién anda por ahí?

–Estamos haciéndole una tarjeta a la tía, ¿cierto, Ema? Mira, saluda a tu papá, acá a la cámara.

Ema se asoma con carita curiosa. Dice «Hola», abriendo mucho la boca.

–Mira –la niña toma un papel todo pegoteado de pintura y *glitter*.

Tiene las manos pegajosas y su mujer no quiere pasarle el teléfono.

–A la tía le va a encantar. Ya vas a ver cómo se va a emocionar cuando la llamemos en la noche.

–¿A qué hora llegas? –pregunta su mujer.

Su voz suena tranquila. Es un día sencillo. La imagen tiene tanta luz.

–Como a las ocho, yo creo. Ahí llamamos a la Sofi. Te tengo que cortar ahora. Las quiero mucho.

La luz fluorescente del hospital le molesta en los ojos. A todos les queda mal. Sanos y enfermos.

Una vez, poco antes de que Tomás se fuera de casa –y Tomás se fue en cuanto pudo, en cuanto consiguió un trabajo en ese colegio del que nunca más se movió–, Eduardo se lo encontró llorando en la cocina. Su mamá estaba en el hospital y Sofi en la casa de una amiga. Tomás se suponía que lo estaba cuidando, pero Eduardo se había quedado dormido en la salita y había despertado solo. Su hermano estaba sentado en el suelo y en su cara hinchada se mezclaban las lágrimas y los mocos. No era un llanto cualquiera. Eduardo era chico y no se había atrevido a preguntar nada. Tomás, al verlo, se levantó rápidamente y se lavó la cara en el chorro del lavaplatos. «¿Tienes hambre? ¿O prefieres leche con chocolate? Le podemos poner de esos *marshmallows* chiquititos que te gustan.» Eduardo había quedado feliz con el brebaje; no había vuelto a pensar en ese momento. Hasta ahora. No tiene idea de quién es su hermano. Nunca lo ha sabido y el pensamiento le da vértigo. Qué cosas le gustarán, qué personas le parecerán atractivas, qué pensará por las noches antes de quedarse dormido, qué le gustará de ser profesor, qué lo hará feliz o miserable. Eduardo vuelve a mirar su teléfono. Tomás todavía no ve sus mensajes.

Sus pacientes lo reciben con sonrisas y contestan a todas sus preguntas. Algunos todavía tienen los globos que les repartieron por la mañana y hay dulces por todas partes. Se ven estables. No hay alarmas ni emergencias. Al menos, no hoy. Al menos, no ahora. Eduardo recibe el caramelo que le entrega una de las hermanitas de un paciente, una niña colorina y de ojos verdes, y se lo mete en la boca. El sabor del limón se esparce por su lengua y baja por su garganta. Por un segundo es consciente de cada mínimo movimiento de su cuerpo. Cierra los ojos. Es sólo un segundo.

Al volver por el pasillo, se asoma otra vez por la puerta de Rogelio. El niño duerme. No hay nadie en el sillón junto a él. Eduardo entra y se sienta sin hacer ruido. Tiene un libro abierto sobre la cama. Uno de esos en los que el lector puede elegir lo que quiere que pase. Elige tu propia aventura, se lee en la portada. *El misterio del submarino*. Eduardo lo hojea con cuidado, sin perder la página en la que va la lectura del niño. Un submarino aparece en una playa. Las autoridades revisan su interior, pero no hay nadie adentro. Nadie contesta. Sin embargo, por las noches se escuchan ruidos desde el pueblo costero. Algunos vecinos comienzan a desaparecer y nadie vuelve a verlos.

Y si quieres que la policía pida refuerzos, pasa a la página 17.
Si quieres armar una expedición con gente del pueblo, pasa a la página 29.

La respiración de Rogelio es débil. Apenas se escucha y, en un momento, Eduardo acerca su cabeza al cuerpo del niño para asegurarse de que todo está bien. Está delgado. Se le notan las costillas a través del pijama (un pijama con cohetes y planetas con anillos que brillan en la oscuridad). Eduardo se acuerda del día en que se lo regalaron. El abuelo había llegado por la tarde, justo antes de que se acabara el horario de visitas, y Rogelio había gritado de felicidad. La enfermera de turno le había ayudado a ponérselo y él mismo apagó las luces para ver el cuerpo del niño brillar en la pieza oscura, convertido en todo un universo de planetas fosforescentes.

Eduardo vuelve a su oficina y revisa Facebook. No para buscar a Sofía. No para intrusear en la vida de Tomás. Sin pensarlo mucho, busca la página de Moni. Ahí está, sonriéndole desde el ciberespacio. Hace dos años que no la ve. Hace poco más de uno que no hablan: cuando ella lo llamó para felicitarlo por Ema. Parecía sincera. Habían terminado hacía tres meses cuando Eduardo conoció a Luz. Estaba enloquecido de dolor y se había lanzado a su relación con ella como si fuera el último bote salvavidas.

Dos meses más tarde, Moni había vuelto a buscarlo, pero Eduardo ya se había enterado de la inminencia de Ema.

Moni entendió porque ella era así, ella todo lo entendía. Luz nunca se enteró de nada.

Hoy Ema era una niña feliz.

En sus fotos, Moni sonríe desde vacaciones en Brasil y estadías con su hermana en Nueva York. Postea sobre los libros que le gustan, copia sus párrafos favoritos. Eduardo se pasea con cuidado, no vaya a pasar a llevar algún botón, dejar rastros. Ya no son amigos, pero él siempre la busca. Al menos en la pantalla. No sabe muy bien por qué. Si para cerciorarse de que es feliz o para esperar que no lo sea. Todos estos años ha aparecido como «soltera» y eso le hace sentir estúpidamente bien.

De pronto, encuentra una foto distinta en una de sus carpetas. Moni aparece durmiendo en una hamaca. No hay comentarios, pero tiene cuarenta *likes* y Eduardo los revisa uno por uno. Hay muchos nombres que no reconoce. Después de todo, han pasado casi tres años. No hay nadie más en la foto. La podría haber sacado una amiga, su madre, su hermana. Pero Eduardo puede intuir que no la sacó una amiga, ni su madre, ni su hermana, y algo se le aprieta en el pecho.

Son otros ojos. Unos que se van a quedar con ella.

Intenta distraerse mirando el sitio web de un diario. Pasa rápido por

los titulares vistosos, las noticias destacadas, se demora más de la cuenta en los comentarios de algún trol. Se ríe. El recuerdo de Mónica se va perdiendo entre los marcadores del último partido y la polémica del momento. Entonces busca en policiales, repasa con cuidado los asesinatos, los accidentes de tránsito. Siempre ha pensado que algún día aparecerá ahí el nombre de su padre. O en una de esas notas sobre los suicidios en el metro o el Costanera Center. Como si después de desaparecer sin despedirse sólo se mereciera una muerte de folletín. Un espectáculo triste.

Eduardo no se acuerda de nada. Sólo podría reconocer un nombre, si es que aún lo conserva. Si es que aún no se ha perdido también de esa forma.

La puerta se abre de golpe. Es Clara, con su uniforme de enfermera pero todavía con el maquillaje de Blancanieves. Es Clara con el rostro tenso y los labios de un rojo furioso. Es Clara que grita: «¡Doctor!» Es Clara que agrega: «¡Es Rogelio!»

Eduardo corre por los pasillos y se cruza con el niño, que ya va siendo arrastrado en una camilla. Se ve más pálido que nunca y ya casi no está ahí, sobre esa sábana blanca. O no verdaderamente, no por mucho tiempo. Eduardo le toma la mano, pero no responde. Tiene una mascarilla sobre la boca. Busca a la madre, no la ve por ningún lado. Quiere decir: «Todo va a estar bien.» Quiere decir: «Tu mamá va a llegar pronto.» Pero no sale nada. No hay destinos que escoger al final de esta página.

8

EN CASO DE EMERGENCIA

Sofía lleva meses ofreciéndose. Para todo. Caminatas por el cáncer de mama frente a la Casa Blanca, carreras de diez y quince kilómetros para recaudar fondos. Apoya causas que van desde el agua potable en pueblitos de África a la exposición de un artista que acaba de quedar tetrapléjico. Es la primera en donar sangre para parientes y amigos, la que organiza los cumpleaños de las secretarias del lugar donde trabaja, la que se queda de pie en buses y en el metro porque siempre hay alguien que se ve más cansado, más triste, que lo merece más. Lo suyo no es un alma caritativa sino una verdadera adicción que se disfraza de otra cosa. No puede vivir sin ayudar. Se quitaría uno a uno todos sus órganos para volver a armar las vidas fragmentadas de los demás.

La mujer frente a ella le sonríe. «*Last name*?», pregunta y Sofía contesta:

–Toledo.

–*Can you spell that*?

–Ti ou el i di ou.

La mujer la busca en la computadora y la encuentra («*Here you are, honey*») y le pasa una polera, su número (16738) y cuatro alfileres de gancho, lo de siempre. El domingo Sofía corre una media maratón para ayudar a las escuelas públicas de su barrio y lleva meses entrenando. Nunca ha corrido esa distancia. Irá sola, en esta ciudad eso es lo que ella es, antes que nada: una mujer sola. Lleva dos años trabajando para la embajada de su país en esa ciudad, su puesto no tiene un nombre específico, hace un poco de todo. Lo de mujer sola lo dice con una sonrisa, en todo caso, y no con tristeza. (En sus clases de inglés la profesora siempre le preguntaba a sus alumnos: «*But are you saying that with a happy face or a sad face*?»)

A Sofía le impresionaba lo mucho que les encantaban a los gringos esas caritas felices. Las ponían en todo: en las bolsas del reparto de comida a domicilio, en la publicidad, en las camisetas y polerones de la ciudad. Todos los días hacía la prueba: cuántas horas podía pasar sin encontrarse con una carita amarilla y sonriente. El récord había sido de diez horas. Un día que estaba enferma, claro, y había esperado a que bajara la temperatura para salir a comprar un par de remedios a la farmacia (y ahí, la explosión: caritas en los parches curita, en

remedios y cremas para niños, en paquetes de golosinas, en cajas de preservativos). Lo cierto es que a Sofía le gusta estar lejos. Cada vez que le preguntan si echa de menos, Sofía tiene que mentir. Sí, dice, mucho, cuando en realidad la respuesta es no, claro que no. Aunque tal vez esa respuesta tampoco es apropiada.

Sofía vuelve a su escritorio. Ya ha pasado la hora de almuerzo y ella la usó para ir a la tienda a buscar su *packet* de corredora. No le importa. Últimamente tampoco come mucho. Es verano y la ciudad parece estar derritiéndose, así a nadie le da hambre. Deja la bolsa bajo la silla y mordisquea una manzana, algo desganada. En Chile nunca le gustó correr. A lo más fue un par de veces a un gimnasio a hacer «baile entretenido», lo que acá los gringos llaman zumba. Acá, allá, Sofía ya no sabe cómo usar esas palabras, hacia dónde dirigir la brújula. Por mientras, sigue corriendo. Sigue trabajando.

Cada vez que se inscribe en una carrera debe rellenar el reverso de su número con sus datos personales. Nombre, edad y fecha de nacimiento, pasan sin problemas. Dirección, teléfono, tampoco son problema. ¿Alergias? Ninguna. ¿Médico de cabecera? No ha buscado uno. Supone que no importa. Si algo malo llega a pasarle cree que la llevarán al hospital más cercano y ya. Entonces es que viene la última línea que le complica la vida: *Emergency Contact*. Para los gringos que son tan políticamente correctos, tan *mind your own business*, ese requisito le parece de lo más invasivo y violento. Pero ahí está Sofía otra vez, con el Sharpie negro en la mano, sin saber qué contestar. Lo que a ella le gustaría es poder preguntar de vuelta: ¿de qué tipo de emergencia estamos hablando?

Sofía repasa su fichero mental de familiares y conocidos. No es muy largo el procedimiento: en DC no tiene a nadie. Punto. Ningún tío lejano, nada de primos de segundo grado, en su familia nunca nadie salió del país. O no por demasiado tiempo. Sólo ella y eso le parecía un buen logro, la hacía feliz con una felicidad de volumen bajo, de colores tenues. Conocidos tenía algunos: de la embajada, de las clases de inglés, de sus muchos voluntariados. Probablemente nadie se molestaría de aparecer como su contacto de emergencia. A fin de cuentas, era de esas cosas hipotéticas que no duelen. Casi nunca se da esa emergencia. El número de la corredora se rompe y se bota a la basura. Todo sigue como si nada hubiera pasado. El contacto de emergencia era una ficción, una posibilidad remota, pero que a Sofía le quedaba molestando como una mugre en el ojo.

Cada vez que participaba en una carrera, usaba un nombre distinto. De contacto de emergencia, claro. El suyo jamás podría falsearlo. No en Estados Unidos. Cada vez que se inscribía le pedían verificar sus datos. Una vez, incluso, no la dejaron correr porque en la inscripción

había olvidado poner la «o» al final de «TOLEDO». Y Sofía Toled no pudo correr. Para los registros, Sofía Toled no llegó nunca. Ahora revisaba cien veces antes de confirmar su inscripción. Odiaba pasar esos malos ratos, odiaba que las cosas no salieran como ella las planeaba. Tal vez por eso su voluntarismo voluntarioso, para enderezar las cosas, tantas, que no iban bien con el mundo.

Cada vez que ponía el nombre de alguien distinto no podía sino pensar en esa persona mientras corría: se imaginaba esa llamada, en medio de la tarde, que partiría su día en dos. Diría que claro que conoce a Sofía, pero no mucho. Que no, que lo siente, que tampoco tiene los teléfonos de sus padres. En sus versiones más gráficas y terribles, Sofía imaginaba que su jefe, que su compañera del voluntariado de lectura para niños, que el conserje del edificio donde vivía, que el contacto de emergencia de turno tenía que ir hasta la morgue a reconocer su cuerpo. Esto especialmente después de los atentados en Boston, hacía ya varios años. Sofía imaginaba su cuerpo hecho pedazos y sus conocidos (sus *desconocidos*) odiándola cada segundo, odiándola con pena, sí, pero resintiendo cada momento en esas salas frías, cada formulario que debían rellenar con información que, la verdad, ninguno manejaba.

Por eso había empezado a hacer un kit de emergencia; un kit para el eventual «en caso de emergencia». Una caja donde estuvieran sus registros médicos, los datos de contacto de sus hermanos en Chile y los de su madre en Bolivia. Es verdad que hablaban poco, pero sus nombres eran la respuesta cuando le preguntaban por su familia: si tenía más hermanos, si sus padres vivían en Chile.

Sí y no eran las respuestas. Verdad y mentira a la vez.

Llevaba un tiempo recolectando materiales. De kit de emergencia empezaba ya a parecerse a una cápsula de esas que alguna gente enterraba con recuerdos del planeta Tierra para que alguien los descubriera en cientos de años más. Y el improbable ser del futuro que se encontrara con el kit de Sofía tendría bastante con lo que entretenerse. Un pequeño álbum de fotos, porque para eso la tecnología no le gustaba. Sofía prefería guardar las fotos en papel y ver el envejecimiento en ellas. Las fotos de infancia son para ponerse amarillas, pensaba, no para conservarse prístinas, en la mejor resolución. Así que ahí estaba su álbum con fotos de sus hermanos y su madre. Encontró un par de su padre y se lo pensó dos veces para finalmente decidir hacer, bueno, eso: un álbum *familiar*. De los que sí se habían quedado. Además, para qué complicarle la vida al habitante del futuro, nadie quería que perdiera el tiempo buscando a personajes irrelevantes en la historia. Si su cuerpo explotaba en el próximo atentado, qué importaba dónde estuviera su papá. En veinte años las fotos no sólo envejecen sino que pierden por completo su color.

Papeles blancos que ya no sirven, no dicen nada.

De sus hermanos tenía más fotos de cuando eran niños y tal vez esto también desorientara un poco a Mr. Futuro. Así que Sofía sujetó con un clip las fotos de infancia y de adultos de Tomás y Eduardo. Lo mismo hizo con las de su madre. En unas, joven y radiante; en las otras, con los ojos más hundidos, más perdidos. De su madre hay un par de cartas; de sus hermanos imprime unos cuantos e-mails. Ahí están las direcciones que necesitan. Anota con lápices de distintos colores los números de teléfono, aunque quién sabe si existan los teléfonos en el futuro. Tal vez todo sea un gran archivo intangible y el habitante del futuro solo tenga que acceder a una especie de base de datos de memoria colectiva de la humanidad para encontrar la solución a todo.

Era rara su ciencia ficción, pero al menos le daba un propósito. Podía revisar fotos y editar sus diarios de vida (quitando páginas prohibidas por muy osadas o muy estúpidas) en las noches en que no podía dormir. A veces la vida funcionaba mejor con esas pequeñas tareas. Con listas de acciones mínimas, insignificantes. El kit tenía también información práctica como su póliza de seguro de vida y su *health insurance*. Algunos datos sobre sus cuentas bancarias, nada de claves, Sofía no quería regalar sus ahorros a ningún desconocido, pero al menos facilitar la tarea de traspasar todo lo que tiene a sus hermanos. Su madre probablemente no le aceptaría nada. Nunca ha necesitado la ayuda de nadie. Siempre de hierro frente a los demás. Sonriendo a todos los profesores del colegio cuando fue a dejar a sus tres hijos la mañana siguiente del abandono. Incapaz de responder preguntas de las que a ella le importaban. Su madre le había comprado todo lo que había querido y ella había decidido largarse en cuanto terminó la universidad. Nunca tuvo grandes rebeldías, siempre sintió que estorbaba y que era mejor pasar desapercibida, que su madre ni siquiera notara su presencia en casa. Todos, en realidad. Todos los hermanitos en un improvisado pacto de silencio.

Sofía vuelve su número a la bolsa. Deja el Sharpie sobre el escritorio, tiene mucho trabajo hoy para entretenerse en esas cosas. Este fin de semana es el día de las embajadas en DC. Un día en que todas ellas (muy convenientemente ubicadas en una sola calle, un tramo apodado Embassy Row) abrían sus puertas a los visitantes, por lo general turistas. Cada embajada hacía afiches y flyers con información sobre sus países; algunas incluso ofrecían comida, daban regalos. La de Chile quedaba a pocos pasos de la de Perú y siempre ambas competían por el pisco. Era una pelea ridícula, pero ahí tenía que estar Sofía todos los años, encargando botellas y muchísimos limones. La cocina de la

embajada quedaba hecha una mugre por la tarde, el piso pegajoso, el suelo lleno de cáscaras y vasos de plástico. Este año también tendrían empanadas para competir con las muestras de ají de gallina y papas a la huancaína de los peruanos. No le pagaban extra por esto, pero Sofía estaba feliz de ofrecerse. Otra vez. Le gustaba el día de las embajadas, nunca hablaba con tantas personas como en esa mañana y tarde. Nunca le sacaban tantas fotos, tampoco. Por la noche, llegaba a su casa, exhausta.

Ninguno de sus hermanos había ido a visitarla, aunque su madre ya lo había sugerido más de una vez. Ninguno tampoco era muy bueno para hablar por Skype, ni siquiera Sofía. Lo sentía como una obligación, excepto cuando hablaba con Ema, su sobrina, hija de Ed. A ella sí que le encantaba pasearse por la cámara y mostrarle sus dibujos y vestidos. Ed todavía no se acostumbraba a ser papá, el embarazo de su polola lo había tomado por sorpresa. Sofía le mandaba regalos a Ema cada vez que podía. Se había propuesto ser esa tía: la de los regalos especiales. El Viejo Pascuero, todos los meses del año. Y Ema no podía estar más feliz con sus disfraces de los dibujos animados de moda, sus peluches, sus juguetes. Eso era su familia ahora: unas cuantas conversaciones por Skype, algunos e-mails, su rutina de comprar regalos e ir al correo cada dos semanas. Y, su país, su país era un solo día: el día de las embajadas. El resto de la vida se le antojaba como una tela en blanco, un mundo donde nada la unía a nada, sin historia, sin pasado. Y eso, aunque sonaba algo triste, era un alivio. Mientras crecía, en Santiago, siempre sintió que la apuntaban con el dedo, que sus profesoras le tenían pena o, peor, la interrogaban sutilmente para saber qué era lo que había pasado con su papá. Por mucho que su mamá quisiera ocultarlo, lo cierto es que era su papá el que siempre iba a las reuniones de apoderados así que, al desaparecer, todos se dieron cuenta. Se imaginaba que les decían «los abandonados», a ella y a sus hermanos. Que todos hablaban de ellos a sus espaldas. Odiaba el momento en que conocía a alguien nuevo en Chile y llegaba la pregunta de ¿y tu papá? Odiaba no poder tener nada mejor que contestar que «No está». Odiaba el silencio incómodo que venía después y esa urgencia de su interlocutor por encontrar, rápido, algo nuevo, e inofensivo, que decir. Le gustaba ser extranjera y conversar con los taxistas, esa otra tribu de extranjeros, cada quien con historias más o menos largas que contar, con más o menos odio hacia sus países. Sólo a ellos Sofía se atrevía a decirles que no, no echaba de menos Chile, que no estaba entre sus planes volver.

Deja en un salón todas las cosas necesarias para el día siguiente. Hay bolsas de género baratas con la bandera de Chile estampada; hay folletos con los distintos destinos turísticos del país: el desierto de

Atacama, el valle del Elqui, las Torres del Paine. Puros destinos naturales. Como si Chile fuera un enorme y vacío parque natural. Sofía alinea las copas de plástico para el pisco sour, las bandejas rojas, blancas y azules para poner las empanadas que encargaron a Rosita, la señora del chofer del embajador. Hay una rueda de la fortuna enorme, con preguntas de trivia para que los visitantes se ganen unos pequeños prendedores con forma de pingüino. En una carpeta están todas las preguntas de trivia que Sofía preparó durante la semana. Era un juego tonto, pero siempre tenía éxito. Todos se esmeraban por recordar algún verso de Pablo Neruda o de *La Araucana*, el nombre verdadero de Gabriela Mistral o de todas las regiones del país. «Lo tengo en la punta de la lengua», le decían y Sofía no podía evitar imaginarse Chile como una larga lengua roja.

Cuando eran niños, Sofía ayudaba a su hermano menor a hacer las tareas. Se entretenía recortando papelitos de colores para armar el mapa de Europa, dibujando distintos órganos del cuerpo humano o interrogándolo acerca de los indígenas latinoamericanos. Lo ayudaba a buscar información para sus trabajos y recitaban juntos listas de palabras para sus clases de inglés: *head, ears, nose, eyes, mouth, neck, arms, heart, legs, feet*. Hoy, las palabras en ese idioma se le cruzan todos los días. En la embajada hablan en español, pero en la calle es inevitable escuchar el inglés buena onda de quien le vende el café junto a un «*Have a nice day*!» Y sobreescuchar tantas conversaciones. Sofía siente que puede escuchar y no escuchar a su antojo. El inglés sigue siendo un idioma extranjero que puede dejar de fondo sin prestarle atención, un ruido blanco que la deja pensar en otras cosas. Se pregunta si Ed le estará enseñando inglés a su hija, si la ayudará en las tareas. O tal vez es Luz la que se ocupa de todo eso.

Sofía es la encargada de cerrar. Da un último vistazo a los preparativos para el día siguiente, revisa puertas y ventanas. Está anunciada lluvia para la tarde y no quiere arriesgarse a volver y encontrar todo mojado.

Ya afuera, la ciudad se encuentra en su punto de ebullición. El momento en que todos salen de sus trabajos al mismo tiempo y toman distintos medios de transporte para llegar a sus casas. De toda la gente que trabaja en DC, más del setenta por ciento no vive ahí. Una ciudad de fantasmas, de gente de paso. Todos ahora enfilando hacia las afueras, los suburbios. Sofía, en cambio, sí vive ahí, a unas pocas cuadras de su trabajo, en un apartamento diminuto. Le gusta caminar a su casa. No perder el tiempo en horas de bus o metro. Depender sólo de la velocidad de sus piernas.

Sofía pasa el círculo de Dupont, con su fuente hermosa y su mezcla incómoda de turistas e indigentes, y sube por Connecticut Avenue

hasta su restaurante tailandés de siempre. Esta vez está repleto y le piden que, ya que está sola, si se puede sentar en la barra. Sofía sonríe, pero odia la sugerencia. Se instala de mala gana y apoya su cartera en el suelo. A su lado hay una chica joven que revisa su teléfono cada dos segundos y un hombre algo mayor que ella y que mira su plato como si pudiera derretir la comida con el poder de su mente.

Sofía pide lo de siempre («*Drunken noodles, mild; green tea, thank you*») y saca también su teléfono. No alcanza a encenderlo cuando escucha la voz del hombre a su lado.

–*Hi, my name is Christopher. Chris*.

El desconocido le extiende la mano y Sofía responde no con poca incomodidad.

–*Hi* –dice.

Ahora es ella la que quiere usar el poder de la mente para hacer que suene su teléfono en este preciso instante.

–*What's your name*? –insiste Chris.

–Sofía –dice ella, mirando la punta de sus zapatos.

Nunca ha sido buena para mirar a los ojos, especialmente con gente que no conoce. Carlos siempre se burlaba de ella por eso. La llamaba «la cortina de la timidez».

–*You have an accent* –dice Chris con una sonrisa–. *Where are you from*?

No es la primera vez que se lo dicen y como siempre, no sabe qué pensar. A veces siente que su acento es como una marca de nacimiento, una cicatriz que afea todo lo que dice.

–Chile –responde Sofía, mientras recibe la taza de té verde que le trae uno de los mozos («*Careful, it's hot*»).

–*Where*? –vuelve a preguntar el hombre.

–*Chili* –intenta pronunciar ella de lo más modulada–.
South America.

–*Oh, Chi-li* –comenta Chris con una sonrisa–. Pinochet, Carmenere, Pablo Neruda.

Para los extranjeros Chile siempre era eso, una extraña constelación de nombres propios, cada cual más azaroso.

Sofía no necesita preguntarle. Le basta con mirarlo un par de minutos. Credencial al cuello de algún organismo internacional, tal vez el Banco Mundial, sin anillo de matrimonio (probablemente divorciado, con un par de hijos a los que no ve nunca y viven en otro Estado), con un bolso en el suelo donde lleva su ropa para ir al gimnasio y así agotarse para llegar a casa a dormir y olvidarse del día, del mundo. La verdad, Sofía no quiere preguntar. Quiere que le traigan pronto la comida y tragársela, quiere salir de ahí. Odia la *small talk* gringa, la expresión la lleva a imaginarse palabras pequeñas como

piedrecitas molestando en sus zapatos. Ella es la mujer sola, ella no quiere hablar con nadie.

En la credencial lee: Christopher Robbins.

Al fin llegan los *drunken noodles*. La mesera parece que no entendió lo de *mild*. Sofía transpira y siente que su lengua va a incendiarse. Pide un vaso de agua. Luego otro. Y otro más.

–*Are you okay*? –pregunta su compañero.

No es feo. Y probablemente se ve mayor de lo que es. Tiene uno de esos anillos universitarios (Harvard, cree reconocer). Una de esas personas con las que probablemente no tiene nada en común, nada de qué hablar. Él tampoco está intentando seducirla. Parece genuinamente interesado por compartir la cena mientras conversan y ya.

Sofía baja la guardia. Sigue tomando agua.

Él le cuenta de su trabajo en el Fondo Monetario Internacional (casi le acierta), que viene llegando de un viaje a Corea («*Very interesting country*»), que siempre ha querido conocer Chile (él dice Chile; en verdad piensa Isla de Pascua). Ella le cuenta de su trabajo en la embajada, sin mucho detalle. Prefiere que él hable y así ella pueda comer rápido sus *noodles*. Algo le comenta sobre las series que está viendo y ella le dice que, no, ella no es muy buena para ver televisión. Que prefiere escuchar música.

–*Podcasts*? –pregunta él.

No, música.

–*Do you have Facebook*? –dice, al tiempo que saca su teléfono y lo abre en la página de esa red social.

–No –dice Sofía. Y es cierto.

–Instagram?

–*Nope* –dice ella.

Sofía pide la cuenta. Chris se termina su cerveza de un sorbo. Antes de irse, le pasa su tarjeta.

–*In case you ever want to have coffee or something*.

Sofía no termina su plato y pide las sobras para llevar. Se va caminando lentamente. Comienza a llover muy despacio. Esa lluvia que pica en las pestañas, que se va acumulando de a poco. Ya las calles se ven más vacías. Es la ciudad con sus pocos habitantes. Sofía llega a su edificio y sube las escaleras hasta el segundo piso. Ya en su departamento, enciende el computador y revisa su correo.

Nada nuevo.

Antes de irse a dormir, recuerda el número para su carrera.

Toma un lápiz.

Sin pensarlo dos veces, busca en sus bolsillos hasta que la encuentra. Pone la tarjeta sobre la mesa y anota: *Emergency contact*:

Christopher Robbins. *Telephone*: 202-288-9684.

Desde la bolsa con las sobras le sonríe una carita feliz.

9

OTROS JUEGOS

Dijo que no habría problema y así es. Ema sale corriendo al verme y la profesora sólo hace un gesto con la mano luego de buscar –y encontrar– mi nombre en su carpeta.

–¿Vamos a los juegos? –me pide con esa sonrisa a la que no puedo decir que no.

A Eduardo no le importa («Hagan lo que quieran. Que lo pase bien. Que no coma muchos dulces»).

(«Ah, y muchas gracias»).

Me siento rara en su auto. No me queda otra. Yo no tengo y necesito la silla. Esa de las mil amarras. Y Ema que se ríe y ríe porque no le achunto. Porque no cierra. Porque le aprieta. Y luego dice «Broma» y se ríe. Con esa cara de dibujo animado. Con esa inocencia como de otro mundo.

–¿Vamos a los juegos?

Sé que mi hermano intentó primero con otras personas. Otras mamás del jardín. Incluso pensó dejar a su hija en casa con la empleada mientras Luz anda en uno de sus múltiples retiros de yoga. Yo estoy de visita en su casa y lo veo como una obligación de la tía extranjera.

Hace años que no manejo. En DC nunca ha sido necesario. Vivo a cuadras de mi trabajo. Camino. No me atrevo a andar en bicicleta.

Al fin consigo ponerme al volante y ajusto el espejo. La miro desde allí y le hago señas. Levanto el dedo pulgar y ella también. Le digo «Foto, Ema», y ella mira mi teléfono. «Prueba número uno: ya tengo la mercancía», le escribo a Eduardo, que envía de vuelta una carita riéndose.

Está muy abrigada y la ropa no combina. Imagino a mi hermano, apurado, en la mañana, poniéndole faldas y medias y una parka con la que parece un merengue del espacio. Ema mira por la ventana y dibuja con el dedito en el vidrio empañado. Me gustaría saber lo que piensa.

Dicen que los niños no se acuerdan de nada hasta los cuatro años. Ema va ahí, en el asiento trasero, y me habla y pregunta cosas. Parece como si fuera a guardarlo todo, pero no. Esta tarde está destinada a perderse. Ayer, mientras veíamos juntas una película de monitos, me dijo que quería ir al zoológico, que nunca había ido. Busqué en mi celular y encontré las fotos de hace dos años, cuando, con ella en

brazos, sonreía frente a los flamencos en mi última visita. Las dos miramos a la cámara.

Ema tomó el teléfono y lo miró, extrañada.

–Soy yo –dijo. Como si le hubiera mostrado una foto de ella en Júpiter.

–Sí, enana, yo te llevé. Yo te llevé la primera vez.

–No me acuerdo.

Se veía fascinada con esa memoria que parecía llegar desde otra parte.

Dos segundos después, se aburrió y me lo devolvió.

En la pantalla de la televisión una princesa convertía en hielo todo a su paso y Ema tarareaba el pedacito de una canción.

Me gusta cuidarla. Junto a ella el tiempo es más simple.

El camino de regreso a su casa es fácil. Eduardo consiguió un jardín a sólo unas cuadras. Pero en vez de girar a la derecha giro a la izquierda y Ema se da cuenta y pregunta:

–¿A dónde vamos?

–A los juegos –le digo y de nuevo esa sonrisa que endereza el mundo. El suyo, al menos.

«Qué lindas se ven», dice mi mamá cada vez que nos ve juntas, las pocas ocasiones en que todos coincidimos en un mismo lugar. «¿No te dan ganas?» Es lo que viene, es lo que siempre viene. Si me hablara en inglés, me diría «*You're not getting any younger*», pero no lo hace, nunca lo ha hecho, ese es el idioma en el que ahora vivo y me arropa.

Mi mamá sólo hace un gesto, que parece decir: «Ya vas a querer.»

Le tiene una fe ridícula al reloj biológico.

Ella no sabe. Por qué habría de hacerlo.

Cuántos tests de embarazo cambian de color antes de que nadie se entere. Todas las veces que entré a una farmacia, en Chile, y los pedí en el mesón. Y esa vergüenza radioactiva. Y hacerme el test en el baño de un centro comercial y esperar mientras afuera, por los parlantes, una voz en *off* enumeraba ofertas o niños perdidos.

Negativo.

Negativo.

Negativo.

O las veces en Estados Unidos: ir directo al pasillo de la fertilidad y los preservativos y sacar otra prueba. Y pagarla en la caja de autoservicio, sin que nadie preguntara nada. Y entonces ir al café más cercano, uno a cuyo baño siempre iban los indigentes de Dupont, y tomarse una botella de agua y esperar y ver esas rayitas dibujarse. O esos casi dos meses en los que no me llegó la regla, cuando estaba en la universidad y Carlos ya me había desechado. Y no me atreví a ir al

doctor ni a la farmacia. Y dejé pasar los días. Y me miré al espejo. Y dije «Por favor, no», y dije «Que sea lo que Dios quiera», y dije «Por favor, por favor, nunca más, nunca más». Hasta que en medio de una clase sentí algo tibio en los calzones y, al salir, ahí estuvo la sangre. Nunca supe si era la regla o una indicación de que había habido algo y ya no.

Esa noche dejé que la sangre me ensuciara. La ropa interior, el pijama, mis sábanas. Que lo ensuciara todo.

Esa noche también borré el contacto de Carlos de mi celular. Para mi cuidado, claro, él ya no se molestaba en llamarme. Suficiente tenía con los periodistas.

A la mañana siguiente me inscribí de voluntaria para la estación en la selva.

Después vendrían los e-mails de sus abogados, cuando toda la historia llegara a los diarios, cuando otras se atrevieran a abrir la boca.

Y yo no diría nada.

Después de todo, en cierto modo que me llenaba de vergüenza, Carlos también me había salvado.

–Te pasaste –me grita Ema de repente.

Y apunta con el dedo. Y deja las dos manos marcadas en la ventana y sigue con su carita el centro comercial, donde están sus juegos, que dejamos inevitablemente atrás. Veo que sus ojos se nublan, no alcanzo a ver si hay rabia o decepción en ellos. Tal vez una mezcla de ambos.

– Te quiero mostrar otros juegos. Unos juegos nuevos.

Al principio, Ema me mira sin creerme.

–¿No te han contado tus amigas del jardín de los otros juegos?

Ema abre bien grandes los ojos.

Duda.

Me sonríe otra vez.

Prueba número dos, todavía sé mentir.

Me llega un mensaje de su padre.

«Voy entrando a pabellón ahora, Sofi. Cualquier cosa, llamas a mi secretaria. Cuídense mucho. Pásenlo bien.»

Podría cantar *Libre soy*, como los dibujitos de Ema. Pero sólo le sonrío. Y mi sonrisa es fea, me arruga la cara, me agrieta el maquillaje, los ojos con exceso de rímel, esos ojos tristes como cayéndose de la cara. Pero mi bufanda tiene lentejuelas y Ema sólo se fija en las cosas que brillan.

–¿Me la das?

En un semáforo en rojo, me quito la bufanda y se la entrego. Ella la acaricia y se la enrolla en la cabeza como un turbante.

Se ríe. No puede parar. Y, sin embargo, no va a acordarse de nada.

Tenemos unas cuantas horas antes de que nadie haga preguntas.

–Quedan un poco lejos estos juegos, ¿puedes aguantar sin quedarte dormida?

Ema grita:

–¡Sí!

Yo manejo y Ema va hablando sola. Le dice cosas a los otros autos, tararea, dibuja con el agua de la ventana. Afuera hace frío y el auto empieza a empañar aún más los vidrios. Tal vez debiera bajar la calefacción o parar en algún lado para sacarle la parka, el gorro de lana.

No sé si es exceso de calor o simplemente el cansancio luego de una mañana de muchas actividades pero a Ema ya se le van cerrando los ojos. Apoya su cabeza contra una de las esquinas acolchadas de la silla y se queda dormida con mi bufanda apretada en una mano, la boca ligeramente abierta.

Yo tomo la salida a la carretera.

Luz no va a llegar por un par de días.

Mi hermano va a trabajar hasta tarde.

Los niños no se acuerdan de nada hasta los cuatro años.

Acelero.

Saco de mi cartera una bolsita con almendras y me llevo un par a la boca. No puedo pasar más de tres horas sin comer. Eso tampoco lo sabe nadie todavía. Ni que en la maleta guardo lápices de insulina, agujas, lancetas. Que en mi rutina ahora también hay gotas de sangre y números a los que prestar atención. Que aparentemente lleva diez años (diez años en que nunca fui al doctor porque no me dolía nada, o no lo suficiente para buscar ayuda). Que ya tengo daños irreparables en los ojos. Que siguen haciéndome exámenes, buscando más indicios. Que, según las estadísticas, es probable que me muera de un ataque cardíaco o de fallas al riñón.

Y, a veces, en pesadillas, veo mis pies, sin dedos. Sin poder correr.

Hace mucho tiempo que no manejo en carretera. Se siente bien. Hay pocos autos. Es día de semana y es temprano. Por momentos siento que podría estar en cualquier parte. En cualquier carretera de cualquier lugar del mundo. Con mi sobrina en el asiento de atrás, durmiendo.

Una de las chicas de Carlos fue la que organizó todo. Se consiguió los e-mails de las demás –casi todas, estudiantes de Biología– y escribió la carta al rector. Tardaron en tomar medidas y todas las mañanas aparecía el campus empapelado con insultos. Al principio, la universidad intentó mantener a la prensa lejos. No duró mucho tiempo.

Creí que no me encontrarían.

Mi nombre no aparece en la denuncia.
Por semanas, llovieron las amenazas.
Decían: «Perra traidora.»
Insistían: «Cobarde.»
Luego apareció otro escándalo. Y otro más.
Pedofilia en la Iglesia. Tiroteo en algún lugar del mundo.
Y todos se olvidaron del asunto.

Paso el primer peaje y la mujer que atiende se queda mirando a Ema con ternura.

–Está muy linda su niña –dice con una sonrisa y yo le sonrío de vuelta–. ¿Cuántos años tiene?

–Tres. Casi cuatro –le respondo y por dentro rezo para que Ema no se despierte.

Pero la mujer ya me entrega el vuelto y hay autos esperando. Se levanta la barrera.

–Que tengan un buen viaje.

No respondo y seguimos adelante. La radio se escucha a ratos con interferencia. En mi teléfono aparece un nuevo mensaje de Eduardo. Cómo va todo. Me transpiran las manos. Siento el corazón en los oídos. No sé lo que estoy haciendo. Pero sigo adelante. Sólo me quedan dos días más en Santiago y todavía no veo a Tomás. La verdad, muchas ganas no me dan. Tenemos una relación hecha de formalidades. De saludos para el cumpleaños, de regalos de navidad. No, no quiero verlo. Si él no me busca, yo tampoco voy a hacerlo.

Ema abre los ojos y mira para todos lados.

–¿Cuándo vamos a llegar?

Conozco ese tono. Sé que de mi respuesta depende que no se ponga a llorar. Está desorientada. Incómoda. Se quiere bajar del auto.

–¿Cómo dormiste? –le pregunto y sé de inmediato que no son esas las palabras mágicas.

Los ojos de Ema se inundan.

–¿Tienes hambre?

–Sí –dice entre pucheros.

–Pobrecita, aguanta un segundo, paramos al tiro.

Junto a la carretera hay un restaurante al que hemos venido antes con mi familia. Parece detenido en el tiempo y tienen algunos juegos, ya viejos, en su interior. Un lago con peces de colores. Un oso de madera. Estaciono el auto y bajo a Ema con cuidado. No le muestro los pescados porque el hambre es mucha. Una vez adentro la dejo pedir lo que quiera.

–Huevos revueltos con arroz.

El mozo me mira y le digo que sí, que le traiga lo que ella diga.

Mientras llega la comida, llevo a Ema a donde está el oso de madera

y la monto en su lomo, con cuidado. Mi sobrina sonríe apenas.

Esto va a salir mal.

Quisiera irme y dejarla aquí. Volver a mi casa y obviar la rutina de estos viajes del recuerdo. Allá nadie ha ido nunca a buscarme.

O casi.

Hace dos años, apareció él por la embajada.

No sé cómo se consiguió mi dirección.

Pero ahí estaba.

Jamás lo habría reconocido. Había pasado mucho tiempo sin verlo, mucho tiempo tratando de no pensar en él.

Sabía que a Tomás lo había llamado. Al principio.

No quise que me vieran con él en el trabajo, le pedí que camináramos hasta Dupont Circle. Hacía calor y había niños jugando en el agua. Tenía el pelo gris. Nada en él me era familiar. Sus palabras se sentían ajenas, como hablando un idioma que yo no dominaba.

Nos sentamos en una banca.

Conversamos.

Ema se resbala del oso y cae de costado sobre el piso. De suerte no se golpea la cabeza. La cara se le pone roja. Arde. Llora a los gritos. Todos en el restaurante se dan vuelta a mirarnos. Un mozo ofrece traerme hielo.

–Ya pasó, ya pasó, Ema, mírame.

Los niños, hasta los cuatro años, no se acuerdan de nada.

La levanto y la llevo a nuestra mesa. La siento en su silla. Sus gritos, horribles, parecen ensuciar todo a su paso. Ya está su plato servido. Pongo un poco de huevo sobre la cuchara y lo soplo. Tal vez si come se calle de una vez por todas.

–El avión, el aviiiión, abre bien grande –le canto y Ema me hace caso, tal vez de hambre, tal vez de desesperada.

Deja de gritar al fin y come. Ahora ella toma la cuchara y se olvida de mí por un segundo.

–Cuéntame un cuento –me pide.

Y yo estoy dispuesta a todo con tal de que no vuelvan los chillidos y los rostros deformes de vergüenza del resto de los comensales.

–Sí, un cuento, a ver…

Y entonces se me ocurre.

Porque Ema tiene tres años. Casi cuatro.

–¿Sabías que un día tu abuelo se fue y no volvió más?

Pero Ema ya no me escucha. Tampoco come. Se distrae mirando el globo de un niño sentado en una mesa vecina.

–¿Sabes qué fue lo que hizo en todo este tiempo?

Ema alarga la mano, quiere tocar el globo que flota ahí, tan cerca.

La mamá del niño se lo pasa. Le dice a su hijo que hay que compartir.

Ema aprieta el hilo entre sus dedos y me mira sonriente. Triunfante.

Entonces le cuento todo.

10

SOUVENIR

Muchos años antes de las tardes de vigilancia, mi abuela me llevó a un *casting*. Era para una publicidad, aunque yo en ese entonces no lo sabía. Sólo la seguí, como siempre, como cada vez que mis viejos me dejaban en su casa y a ella le daba por salir. Por lo general eran cosas rápidas: ir al supermercado, pasar a dejar ropa a la tintorería, incluso comprar flores. Otro día, también hace tiempo, me pidió que la acompañara a «hacerse las manos», como le decía ella, y dejó que una chica me pintara florecitas en las uñas. Mi mamá casi explotó de furia al verlas. Yo solo tenía ocho años y ella le había declarado la guerra a la vanidad hacía rato.

A mí me daba vergüenza verla cuando iba a buscarme al colegio. Sobre todo en verano, cuando se paseaba con poleritas sin mangas y todos podían verle los pelos bajo el brazo, la pelusa en las piernas. Todos intentando no mirarla. Todos, profesores y apoderados, haciéndose los que no veían. Yo, queriendo que la tierra me tragara. Compraba *gilletes* a escondidas, porque ella estaba en contra de la depilación. «Es *anti natura*», decía. Yo prefería ser de plástico con tal de que me aceptaran. Me constaba que mis compañeros se burlaban de ella a mis espaldas.

Ahora la casa está en silencio y yo escucho a mi abuela respirar apenas.

A veces me da por decirle AbuCaro, como antes.

Ya me conozco de memoria los sonidos de la casa. El zumbido de los electrodomésticos, el tic-tac del reloj de la cocina; los pasos de mi papá bajando las escaleras para irse a la clínica. La respiración de la abuela, su tos, y el miedo que nos envuelve a todos cuando el silencio es total. No les gusta dejarme sola con ella, pero a mí no me importa. Sé que es poco probable que le pase algo mientras estoy allí. O eso es lo que quiero creer. Siento que la vigilo y, al hacerlo, nada malo puede pasar. Como cuando ella me leía cuentos y se quedaba sentada conmigo hasta que me dormía.

Ya casi ni abre los ojos. Se apaga de a poco, nos dijeron, y sé que mi papá está triste. Le faltó despedirse. Ahora no sabe si en verdad le entiende. A veces se queda por horas sentado junto a su cama. Le cuenta cosas, le pone música, ven juntos programas sobre animales.

En el último tiempo, es lo único que le gusta. O, al menos, eso nos ha dicho una enfermera que a veces viene a ayudarnos. Delfines haciendo piruetas, nutrias tomándose de las manos.

Yo ya no me atrevo a cambiarlos.

Sé que a mis viejos les gustaría pasar más tiempo con ella. Pero ya la agonía se ha alargado demasiado y ninguno puede faltar más al trabajo. Los dos llaman durante el día, mandan mensajes. Yo estudio para mis pruebas o leo. Me llevo varios libros. Paso de uno a otro y a veces escribo en los márgenes. Yo acompaño a AbuCaro y los libros me acompañan a mí.

Cada cierto rato levanto la vista para ver los brazos flacos de mi abuela, y la oigo murmurar cosas sin sentido. Lo prefiero a que se quede callada. Al salir de esa pieza, mi ropa, mis manos, mi pelo, huelen a enfermedad, a la dulzura pegajosa del jarabe, a pañales, a respiración gastada.

Mi papá siempre dice que los hospitales de verdad no son como los de las películas. Lo dice cuando me encuentra obsesionada viendo series de doctores que corren tras camillas, que recitan apresurados los nombres de medicamentos. «A la tele le falta el olor», murmura. «Un hospital no es para verlo, lo llevas a todas partes. Y después no puedes oler nada más.»

Mi abuela también era doctora. Cuando yo era chica no nos veíamos mucho porque AbuCaro viajaba por todas partes haciendo beneficencia, ayudando a niños con labio leporino en La Paz, en Iquitos, en Riobamba. Al volver de sus viajes, siempre me traía un *souvenir*, como le decía ella. Peluches de llamas, guantes de lana, tortugas de madera. «¿No es lindo?», comentaba siempre, aunque ya me sabía la historia de memoria, «*souvenir* quiere decir "recuerdo" en francés». Y los recuerdos de mi abuela casi siempre eran tejidos a mano.

A veces salía en los pocos diarios que aún quedaban en esos lugares y ella los recortaba. No para pavonearse. Si los leí, fue de casualidad, en esas horas, tantas, sin nada que hacer. Hoy me sé de memoria el contenido de sus carpetas y cajones, conozco cada uno de sus collares, aros y prendedores. Sé que mi mamá no querrá nada y yo soy la única nieta. Mi tía Sofía, quién sabe. A veces me pruebo su ropa, que me queda enorme, o la tapo con sus abrigos y bufandas y le saco fotos.

Junto a la cama hay un enorme tubo de oxígeno. Si no se mira con mucha atención, se puede confundir con una nave espacial. Es de color plateado y, cuando le pega el sol, el reflejo apenas deja ver. Todo se llena de luz. A veces lo tapo con toallas o pañuelos y mi papá bromea diciendo que parece un campamento gitano, rodeadas de

tantos chales. Se sienta en la cama y le toma una mano, luego otra. «Pucha, mamita», le dice a veces cuando cree que no estoy escuchando. «Mi viejita», dice, cuando les cuenta a sus amigos. «Ojalá deje pronto de sufrir», comenta mi mamá. No estoy de acuerdo. Mi abuela no parece sufrir. Tal vez alguna vez suena como si estuviera teniendo un mal sueño, pero por lo general se ve tranquila, como si por fin pudiera descansar después de tanto viajar por todos lados.

«Va a ser nuestro secreto», me dijo esa tarde de lo más coqueta, y a mí la palabra secreto se me antojaba superpoderosa, capaz de conjurar todo lo bueno que hay en esta vida.
Hacía calor y mis viejos no vendrían a recogerme hasta la noche. Eran días ocupados. Mi mamá había vuelto a hacer sus clases de yoga y mi papá pasaba casi todo el tiempo en el hospital. Nunca me gustaron las *babysitters*. Prefería quedarme sola antes que ver a esas chicas universitarias que no se despegaban de sus pantallas y que te miraban como si fueras a contagiarles los piojos.

Mi abuela manejaba con cuidado. A mis papás no les gustaba que saliéramos en auto. No confiaban en sus reflejos. «Mamá, a tu edad, por qué mejor no toman un taxi.» Pero mi abuela manejaba tranquila y no pasaba nada. Se demoraba en estacionarse a veces, pero nada más.

–¿Qué tengo que hacer? –le pregunté entonces–. ¿A dónde vamos?

Y por toda respuesta mi abuela contestó:

–Vamos a una agencia.

Se me llegó a poner la piel de gallina de la emoción.

En mi clase había una chica que salía en un comercial de lápices de colores. Todo el mundo quería ser su amigo. Siempre tenía lápices para regalar, gomas de borrar, sacapuntas. Era lo más cercano a la magia que habíamos conocido.

–Pero... ¿Y mis dientes?

–No importa, Emi. Aquí no importan tus dientes.

Por años llevé unos frenillos horrendos. Sentía que mi boca era de un tamaño enorme y tenía heridas en el interior de los labios por culpa del roce con los fierros. Odiaba las fotos porque me obligaban a sonreír. Odiaba los almuerzos en el colegio o salir a comer con mis amigas y sus familias. Sentía que todos me miraban, que mis dientes se las arreglaban para dejar atrapados pedazos de espinaca y zanahoria.

Nos bajamos del auto y caminamos por pasillos que me parecieron interminables. Al llegar a la recepción de la agencia, nos pidieron que rellenáramos un formulario eterno. En la línea donde decía «Firma del adulto responsable» mi abuela hizo un par de rayas rápidas. No estaba mintiendo: era adulta y responsable.

En el lobby había muchas niñas de mi edad. Todas parecían saber lo que estaban haciendo y practicaban un guión con sus papás. Yo tenía el mismo texto en mis manos. La agencia pertenecía a una de las antiguas pacientes de mi abuela que justo en ese momento salió de su oficina a saludarla. A mí, en cambio, apenas me miró.

A mi abuela la conocía todo el mundo. Cuando iba con ella, siempre había alguien que la llamaba desde un auto o se acercaba en el supermercado. A mi papá a veces también lo saludan sus pacientes y yo no sé dónde esconderme. Es raro pensar que mi papá ha visto el interior de sus cuerpos, que sabe más de ellos que sus propias familias.

–¿Así que te animaste a traer a tu nieta, Carola? ¿Hija de quién es? ¿De Eduardo? –preguntó la mujer mientras jugueteaba con uno de sus collares.

–Claro, de quién más –contestó mi abuela medio en broma, medio triste.

La mujer me miraba atentamente. Podía sentir sus ojos en cada uno de mis granos. Hacía un año que me salían, en la pera y en la frente, incluso más de uno en la punta de la nariz y en la espalda. Me daba vergüenza ducharme en el colegio. Por las noches me echaba cientos de cremas y líquidos de colores raros que a veces los secaban, pero por lo general, sólo quedaba esperar a que desaparecieran solos. Había compañeras que la tenían peor: sus caras absolutamente salpicadas, incluso el cuello. Era difícil hablarles y no quedarse mirando todas esas cabecitas blancas, listas para explotar.

En mi casa tenemos instrucciones de emergencia. No nos gusta hablar mucho de eso, pero cada cierto tiempo las repasamos al desayuno, antes de que mis papás se vayan a trabajar. Si algo pasa mientras ellos no están, tengo que llamar a la ambulancia al tiempo que mando mensajes a mi tía y a mis papás. Eso durante la semana. Los fines de semana, en cambio, siempre hay gente en la casa.

Tomo un sorbo de té con leche que ya se ha enfriado en la taza. Como siempre, hago las tareas en el escritorio, junto a la cama de mi abuela. Su respiración es tenue. Casi nunca abre los ojos.

Me hicieron pasar a una sala dividida en dos. En una parte había un decorado de baño con lavamanos y en otro, una habitación de niña. Muy rosada para mi gusto. Mi pieza de verdad era de paredes de color verde y con libros por todas partes. Tuve que grabar dos escenas: en una me aplicaba unos productos pegajosos en la cara, luego me enjuagaba y le guiñaba un ojo al espejo. En la segunda, mientras guardaba cosas en una mochila de Barbie (que yo jamás usaría) debía

decir a la cámara: «Hace tres meses que uso CLEAR y hoy la vida me sonríe.»

Me pusieron un uniforme con faldita a cuadros y sweater verde (yo, que podía ir con ropa normal al colegio) y me peinaron con dos trenzas que me hacían parecer mucho menor. Las luces de los focos me molestaban en los ojos y me costaba concentrarme. Les pregunté si podía dejar uno de mis libros cerca, esos que siempre llevaba en mi mochila, en mi pieza de mentira. Así, tal vez, serían menos los nervios. Pero no quisieron.

Mi abuela me miraba junto a los productores y me hacía gestos con las manos: aplausos silenciosos, o levantaba el dedo pulgar de la mano derecha para decir que todo iba excelente, aunque yo sabía que no era verdad.

Al terminar me sacaron un par de fotos sosteniendo una botella enorme de CLEAR y me dieron una copia.

«Para el recuerdo», dijeron.

AbuCaro me pidió que no se lo contáramos a nadie. «A menos que te escojan y te vuelvas tan importante que no nos quede otra», añadió con un guiño.

Pero eso no pasó.

Todos mis compañeros sienten curiosidad por mi abuela. Cada vez que vienen a mi casa a hacer un trabajo o a pasar la tarde me piden ir un momento a verla. No tardan en decepcionarse. Mi abuela duerme y eso es todo. Pero igual se quedan harto rato mirándola, como esperando algo que nunca llega. No me gusta mucho que la vean así, aunque creo que lo prefiero a las visitas de mi tía. Siempre se sienta en el suelo, junto a la cama. Me consta que le dice cosas, aunque siempre se calla cuando me ve entrar a la pieza. Es mi persona favorita y no me gusta nada verla triste. Al menos ahora puedo tenerla cerca. Antes vivía en Estados Unidos y sólo nos veíamos por la pantalla. Me mandaba regalos. Me pedía que le contara de mis amigos del colegio, de mis cursos favoritos, que le mostrara mis dibujos. Cuando venía de visita me hablaba del lugar donde vivía y le brillaban los ojos. Me compraba libros y me contaba maravillas de las librerías de allá. Me decía que tenía que irme yo también, cuando fuera más grande. Aunque fuera por un rato. Y me dejaba pasear por su ciudad con esos lentes de realidad virtual que llevaba a todas partes. Luego volvió y algo se apagó en ella. Ya en el funeral del tío Tomás era otra persona. Se sentó lejos, tenía los ojos hundidos, oscuros. No habló con nadie.

Mi papá tuvo que llamarla y contárselo. Yo comía una sopa que se enfrió en el plato, las manos le temblaban.

Le dijo que habían pasado días.

Que los vecinos.
Que habían tenido que botar la puerta.

Meses después de la audición, mi mamá encontró la foto mientras ordenaba mi pieza. Nunca pensé que se iba a enojar tanto. Llamó a mi abuela y le gritó de todo. Que la había pasado a llevar, que era el colmo, que me iba a convertir en una niña frívola. AbuCaro dejó de venir a almorzar con nosotros los domingos. Lo siguiente que supimos de ella fue que le había dado un derrame y, cuando salió del hospital, la trajeron a vivir a mi casa.

Ya no hablaba.

De a poco fue dejando de abrir los ojos.

Nunca le he preguntado a mi mamá si se siente culpable, aunque a veces creo que sí. Una tarde, al volver del colegio, la encontré en la pieza de la abuela, pintándole las uñas con su color de esmalte favorito.

Se va haciendo de noche y mis papás todavía no llegan.

En mi teléfono aparece un nuevo mensaje de mi mamá. «¿Todo bien?», pregunta, como siempre. «En diez minutos llego a la casa.»

Sí, todo bien.

Esa tarde, después del *casting*, mi abuela me llevó a tomar un café helado. Era nuestro rito especial. Luego volvimos a su casa. Jugamos cartas y creo que me dejó ganar todas las veces. Me sentía rara. Como si todos mis granos ardieran al mismo tiempo. Como si de tanto mirarlos y filmarlos, se hubiesen vuelto fosforescentes. No sabía cómo explicarlo ni si debía decírselo a mi abuela. Después de todo, sus intenciones habían sido buenas. Sólo quería darme una oportunidad. Hacer algo juntas.

Pero yo tenía rabia.

Mientras se preparaba un té en la cocina, aproveché de ir al baño. Todavía sentía la cara tirante de los ungüentos que me había echado. Antes de regresar al living, pasé un segundo a su pieza. Sobre su velador había una cajita con sus joyas.

¿Y si todos se habían reído de mí en la agencia?

Sin pensarlo mucho, tomé un pequeño prendedor. Era un camafeo y siempre me había gustado. Con el fondo azul y el relieve de una mujer de perfil en color blanco. Lo escondí en el bolsillo. Me prometí devolvérselo en una semana. Dejarlo en su cartera cuando nos visitara el domingo siguiente, para el almuerzo.

Después de todo, sólo era un *souvenir*.

Probablemente ni se daría cuenta.

11

BLANCO FAMILIAR

Llegan a las nueve de la mañana y se van a las doce.

Son siempre puntuales.

Cuando se abre la puerta, todavía hay olor a café en mi cocina.

Enrique nunca los ha visto. Pero deja el sobre con los cien dólares sobre la mesa del comedor, una vez por semana. Entre los tazones y los platos aún con restos de pan con mantequilla.

Cuando se van, mi casa brilla. El piso de madera, las baldosas del baño, todo reluce. Ya no hay ropa tirada, los basureros vacíos, incluso los libros sobre mi escritorio quedan ordenados y como a la espera.

Se van y mi casa parece una sala de exhibición donde no vive nadie. Un departamento piloto de *Esto es la vida en pareja*.

Pero no lo es.

Aunque las cámaras crean que sí.

El doctor Frank ya ha escrito tres libros sobre nuestras vidas. La mía con Enrique y la de tantos más. Vivimos en el mismo edificio. Todos nos sumamos al proyecto cuando éramos aún demasiado jóvenes.

«Pagan tan bien. Qué puede importar. No nos vamos a dar ni cuenta.»

Sólo el doctor y sus asistentes tienen acceso a los videos. El resto son los libros donde nuestras vidas se cuentan con iniciales. Estamos protegidos. Aunque alguien se encargue de traernos las compras del supermercado e incluso haga sugerencias sobre cómo vestirnos.

«Es un buen trato, Ema. No lo pienses tanto.»

Enrique firmó en segundos mientras yo seguía mirando la hoja.

–¿Algún problema? –preguntó el doctor con esa voz como de comercial de remedios con mil contraindicaciones.

Enrique me apretó el brazo.

«Vamos, mi amor, firma aquí.»

Recuerdo el corazón acelerado y esa transpiración fría en la frente. Recuerdo haberme sorprendido al escuchar ese «miamor». Nunca me había llamado así. Nosotros nos burlábamos de esa gente. De los *miamores*, de los *mividas*, de los *micielos*.

Pero firmé.

La transferencia bancaria fue inmediata.

Nuestros padres no entendieron nada. Claro, para ellos hacía años que no estábamos juntos.

Decidimos volver a intentarlo, creo que les dijimos. Como si nuestra relación fuera un truco de magia que había que aprenderse de memoria y practicar una y otra vez hasta que saliera bien.

No podíamos arriesgarnos a las sospechas.

Todavía conservábamos nuestros anillos de matrimonio.

Hay un rincón de la casa al que las cámaras no llegan. Una esquina, insignificante. Tan sólo unos centímetros de muralla, de alfombra. A veces, cuando el aburrimiento es mucho, me paro justo ahí. La nariz casi topando la pared. El aire siempre frío. Miro hacia arriba y, por unos segundos, nadie puede verme. Sí, son sólo unos segundos, antes de que un «vecino» espontáneamente toque a mi puerta o una voz me informe, por los audífonos dentro de mis oídos, de que no pueden verme, que circule.

–*Please, circulate*.

Eso dicen.

No nos dejan hablar de la comunidad. De este edificio lleno de cables y cámaras. Para invitar a amigos a cenar, tenemos que pedirles primero que llenen papeles, que firmen un contrato de confidencialidad.

Que no digan nada.

Había empezado como un desafío. Entre risas. Luego de unas cuantas cervezas en el bar de la universidad. Con Enrique ya estábamos prontos a graduarnos y el panorama laboral se veía siniestro. Todos nuestros compañeros del doctorado se estaban devolviendo, uno a uno, a sus países. Que somos un estorbo, que ninguna universidad va a querer *esponsorearnos* la visa. Costaba mantener el optimismo. Y ninguno de los dos quería volver. Tomábamos cerveza apoyados en la barra, brindando por todo lo que habíamos hecho mal. Por esa vez que lo había dejado solo en el cumpleaños de su mejor amigo o esa otra en que él le había coqueteado más de la cuenta a una de mis estudiantes en la cena de fin de semestre. Por las mentiras. Por esa noche en que quisimos mezclar sexo y golpes y terminé con marcas en la piel que todavía no se borraban. Por todas las veces que nos pedimos perdón sin querer hacerlo. Por ese matrimonio absurdo, apurado, por los papeles.

Caminamos por el campus rumbo a la parada de buses. Yo ya sabía que esa noche terminaríamos juntos otra vez. Los edificios de la universidad estaban a oscuras y Enrique aprovechaba de manosearme debajo de la falda o besarme el cuello mientras esperábamos el ascensor.

Entonces vimos el afiche.

Se necesitaban voluntarios. Pagaban extraordinariamente bien. Con *housing* y *other expenses* incluidas. Con posibilidad de que te tramitaran la *green card*.

Sí, nos reímos. Nos besamos un poco más. Enrique me apoyó contra el diario mural, que casi se cae. Yo le mordí bien fuerte el labio inferior.

Sacamos uno de los papelitos con los datos de contacto del científico a cargo.

Ahí notamos cómo decía, bien clarito: *Married couples only*.

Todas las semanas tenemos una sesión con el doctor Frank. Nos pregunta por nuestros estados de ánimo, se preocupa por mi *anxiety*, porque evito sus ojos, porque Enrique cada vez llega más tarde a casa. Nos pregunta la frecuencia con que hacemos el amor. *Lovemaking, intimacy, being intimate*. Lo pregunta, aunque lo sabe. Tiene acceso a los videos. Sabe que hace meses que no nos tomamos ni la mano. Quiere saber por qué. ¿Es el estrés? ¿Estamos tal vez interesados en alguien más?

Con Enrique sólo miramos al frente. Le decimos que es cosa de tiempo. Que ya va a pasar.

Usamos esa palabra mágica que ya nos sabemos de memoria: *dry spell*.

Por la noche le pido que por favor nos salgamos del contrato.

Que esto no es vida.

Al día siguiente, cuando abro los ojos, Enrique ya se ha ido. Sobre la mesa de la entrada están los cien dólares, sin sobre.

Estiraditos, como recién planchados.

Sé que tengo media hora para que lleguen.

«Jamás vamos a ganar esta cantidad de otra manera.» Desde un tiempo a esta parte Enrique lo piensa todo con calculadora. Y es cierto, con la crisis financiera allá afuera, lo más probable es que estaríamos haciendo reemplazos en colegios o atendiendo mesas en restaurantes. «No entiendes que nos ganamos la lotería aquí», me dice, y yo creo distinguir una chispa de locura en el fondo de sus ojos.

No era nuestra primera vez con experimentos. Ya habíamos donado sangre y participado en algunos *focus group*, durante los primeros años de estudio. Habíamos pasado horas eternas contestando encuestas por una *gift card* para el supermercado y yo había estado a punto de vender óvulos por una cantidad ridícula.

Los primeros meses se sintieron como una luna de miel. Nos calentaba saber que nos estaban mirando. Que algún estudiante de psicología tomaba apuntes mientras Enrique me vendaba los ojos con una

bufanda o me amarraba las manos con unas esposas compradas a la rápida en un sex shop.

«*These latinos…so hot*», nos decíamos falseando un acento que no teníamos.

Sou Jot.

En el primer libro del doctor Frank que leímos éramos el ejemplo de una vida sexual plena. J y M nos había bautizado. Dos estudiantes en sus *early thirties* que hacían el amor por lo menos cuatro veces por semana. Que se mandaban mensajes de texto subidos de tono durante el día. Él en palabras, yo en fotos.

El equipo tenía acceso a nuestros teléfonos, nuestros correos electrónicos, nuestras redes sociales.

Al final de ese año recibimos un bono. Yo me compré una nueva computadora. Enrique se fue de viaje a Chicago por unos días. Solo.

Al regresar, empezaron las náuseas. No puede ser, me repetía en silencio. Esto no está pasando. Con Enrique salíamos a cenar y yo pedía sushi, ceviche, embutidos.

Era un mensaje para mi cuerpo. Decía: «Ni se te ocurra.»

Pasaron las semanas y la sangre no llegaba. Intentaba distraerme leyendo para mi tesis, ordenando el clóset, reorganizando la despensa.

Un día fui sola a una farmacia a comprar el test. Me lo hice en el baño de un Starbucks.

Positivo.

Ya no recuerdo qué pensé. Si es que pensé algo. Habíamos acordado que yo sería la encargada de cuidarnos. La de las pastillas. La de la alarma en el teléfono.

Estuve dos semanas sin creérmelo. Dos semanas en que contesté que estaba todo bien en mis sesiones individuales con el doctor Frank. Dos semanas en que apenas hablé con Enrique o mis amigas.

Pensaba que decirlo lo haría realidad.

El equipo de limpieza ordena y organiza todo con una eficiencia dolorosa. Bota a la basura los yogures ya vencidos, la fruta muy machucada. Deposita las botellas de vino en el contenedor de reciclaje, sin juzgar. Me dejan leer tranquila y solo me piden que pase de la pieza al living y viceversa para que así puedan avanzar.

Yo me dejo mover.

Afuera de mi ventana cae la nieve.

Antes de contarle a Enrique, le pido que me rompa. Esas son las palabras que uso.

–Quiero que me rompas.

Lo miro de pie frente a nuestra cama. Él está recostado, yo cambié de opinión a medio camino entre desvestirme y ponerme el pijama. Lo

miro con la blusa en una mano. En calzones. Con los sostenes desabrochados. Lo digo tratando de sonar sexy, pero mi voz es triste.

Enrique se levanta y me ayuda a ponerme el pijama. Deja mis sostenes sobre la cómoda, la blusa en el canasto de la ropa sucia. Me pregunta si quiero un té. En mi cabeza pienso: quiero que me rompas. Estoy embarazada y quiero que me rompas. Tengo mucho miedo y quiero que me rompas, pero sólo atino a abrazarlo.

Cuando al fin le cuento, lo toma mejor de lo que esperaba. No sale corriendo a llamar a su familia pero tampoco me pide que no lo tengamos. «Esto puede ser muy bueno», me dice, y le creo, aunque por un segundo pienso que lo está calculando en dólares.

El más feliz es el doctor. Somos la primera pareja en quedar embarazada. Va a ser interesantísimo observar nuestras dinámicas ahora. Los cambios. «*The changes*», dice.

–Vas a estar en las mejores manos –comenta mirándome–. Cuenta conmigo para lo que necesites.

El doctor cumple su palabra. Cada semana llegan cajas y cajas de ropas, coches, mamaderas.

Mi panza crece. Ya no me sale decirle «guata». Mi español de Chile cada vez más diluido. El inglés ya capaz de engañar a cualquiera.

–*Look at that belly* –comenta el doctor cada semana–. *Look at you*!

Y yo me miro, sí. Todas las mañanas. Me quedo pegada al espejo. Me observo de frente, de perfil. Enrique apoya su cabeza sobre mi ombligo. Hace dibujos con un Sharpie. Un oso, una nave espacial, las flores de la primavera en todos lados.

Hace cálculos también, por cierto. Abre una cuenta corriente. «*College Fund*», me dice, con su sonrisa de números, de balances, de estadísticas.

Mi directora de tesis me mira con desaprobación cuando me ve tan inmensa. Durante todo el doctorado, cada vez que almorzábamos o me veía por los pasillos, me decía, sin anestesia: «*Don't have children.*» Ahora la decepción es mucha. Ni siquiera intenta disimularla. Puedo leer en sus ojos mi futuro de pañales y noches sin sueños. De días sin leer, sin escribir.

Yo sigo aterrada, pero esos no son mis miedos.

La tesis está terminada. Hablamos de otras cosas.

En la comunidad nos entregan los papeles. Ya estamos cada vez más lejos del status de ALIENS. No podemos salir del país por un rato. Una suerte de arresto domiciliario. Algo en mí se contrae. El doctor Frank me dice que no me preocupe. Que el tiempo se pasará volando.

Enrique me ayuda a pintar la pieza de Sofía. Las paredes son de color

violeta. Antes de que compremos los muebles, paso mucho tiempo en ella. Me gusta sentarme en el suelo a leer, a hablar por Skype con mis amigas en Chile. Me piden que les muestre este planeta en el que me he convertido, me dicen que me veo radiante. Yo sólo veo lo feo. Las ojeras por las noches sin dormir de pura incomodidad, las estrías que ya me empiezan a marcar los muslos, ese calor insoportable de la ciudad y su verano furioso que se me mete en la sangre.

A veces le leo cuentos a Sofía.

Le canto.

Intento imaginármela de dos, cinco, diez años.

El doctor Frank escribe artículos sobre mi transformación en madre. Sobre lo que le ha hecho a esa pareja, J y M, en sus no tan *early thirties*. Comenta que nos hemos alejado. Que yo he construido un mundo en el que sólo cabe Sofía. Que cada vez estoy más distante. Que no paro de limpiar y desinfectarlo todo. Que el equipo de limpieza, cuando llega a casa, ya no tiene nada que hacer.

Useless.

Pointless.

En una página se detallan los hábitos de Enrique. Lo tarde que llega cada día.

Las veces que se ha quedado dormido en el sofá frente a la tele.

Las veces que me he levantado a pedirle que vuelva a la cama.

Las veces que he ido a taparlo sin pedirle que regrese.

Las veces que me he quedado tranquila y sola.

Enrique no los lee. Dice que me están haciendo mal.

Yo le muestro mi panza. Le paso un Sharpie.

Me dice que está apurado. Que tiene una reunión urgente en la universidad.

Cada vez que me muevo de la sala a la pieza me encuentro con una nueva versión. Mi velador tiene los libros ordenados por tamaños, los aros están todos en pares y colgados en una rejilla especialmente pensada para ello. Las monedas en una cajita junto al camafeo de mi abuela.

No botan papeles. Me los dejan bien estirados, sobre la cómoda, para que yo vea qué hago con ellos. No quieren arriesgarse a desechar algo importante.

Hoy abro la puerta, me acerco a la cómoda y no hay papeles.

Bien ordenaditos, uno junto a otro, están los frascos de remedios. Esos con mi nombre.

Cierro las cortinas. Vuelvo a la cama.

Al levantarme, Enrique ya se ha ido. No escucho el despertador, pero siento el olor del café que siempre deja preparado. Un gesto que no se borra con nada: ni con las distancias, ni los malos ratos, ni ese *dry spell* que acusábamos en nuestras sesiones de pareja.

Los pantalones están rojos. Húmedos.

Lo que sale de mí es un aullido.

Alguien de la comunidad llega a buscarme.

Luego los paramédicos.

Lo último que veo, desde la camilla, son los billetes, bien estirados, para el equipo de limpieza. Y las hojas del otoño, amarillas, violentas, asomarse por mi ventana.

No me pregunten qué pasa después.

Duermo y vuelvo a despertar.

Duermo y vuelvo a despertar.

A veces está Enrique, a veces una enfermera.

En su siguiente artículo, el doctor Frank escribe sobre el duelo de una madre primeriza.

De la culpa. *Guilt*.

Sadness.

Impossible grief.

Del cambio en los hábitos.

Hay fotos de mi cocina llena de basura, con los platos sucios en torres infinitas. De la cama sin hacer. Los hongos en la cortina de baño.

El equipo de limpieza empieza a visitarme todos los días.

Yo los espero sentada en el sillón del living.

Una mujer algo mayor, un hombre joven. Siempre vestidos de blanco.

Me muevo de una habitación a otra.

Se despiden diciendo «*Have a nice day*».

Enrique me deja luego de un par de meses.

No le reprocho nada.

Sofía se llevó todo lo que no teníamos.

El doctor Frank me visita tres veces por semana.

–*Take your time* –me dice.

–*No rush* –me asegura.

Toma notas en su libreta.

Mi cuerpo sigue inmenso. No hago ejercicio. Como mal.

Evito los espejos.
Mis padres me llaman, preocupados.
Ofrecen venir a visitarme.
Les digo que no se molesten. Que necesito estar sola.
Pasan los días.

Cada vez que se va el equipo de limpieza, lentamente lo voy ensuciando todo. Lleno de migas la cama, doy vuelta el café sobre el sofá.

Dejo mis pelos pegados a las paredes de la ducha. La pasta de dientes chorreando el lavamanos. Cada tarde un nuevo desastre.

Ellos no dicen nada.

Sólo abren la boca para pedirme que me vaya a la otra habitación («*Would you mind..*?») y la pregunta se queda flotando.

Una mañana intentan limpiar la habitación de Sofía. Mi grito nos sorprende a todos. Al poco rato llega el doctor Frank con un sedante.

Fuera de mi ventana todo es blanco. Todo es hielo.

Vuelvo a abrir los ojos.
Escucho el sonido de la aspiradora.
Luego agua, el trapero.
Me levanto y voy rumbo a la sala.
La mujer de la limpieza evita mirarme.
Hace como si nada.
Remoja el trapero en el balde.
Yo me recuesto en el suelo.
La madera se siente fría contra mi espalda.
Miro el techo blanco.
El ventilador.
Abro los brazos y las piernas.
Soy una equis, un ángel en la nieve.
Le pido que me rompa.
Que me limpie.

AGRADECIMIENTOS

A Sebastián, que me dio el título y el amor y apoyo necesarios para escribir este libro. Porque escribir es siempre más que escribir, es tener también la compañía, el espacio y la posibilidad de poder escribir.

A Arantxa, de Kindberg, por confiar en esta novela rara. Por su ojo atento y su increíble generosidad y gentileza.

A Juan Pablo Vilches, Julio Reyes Lazo, Guillermo García, Edmundo Paz Soldán, Denise Kripper, Cristina Zabalaga, Juan José Richards, por haber leído este libro en distintas encarnaciones y haberme ayudado (¡muchísimo!) con sus comentarios.

A Gaspar Álvarez, por una conversación generosa e iluminadora que ayudó tanto a esta novela (y a su autora).

A Cristina Rivera Garza, por el blurb *que escribió para mi libro anterior,* Lugar*, y que me dio una energía increíble para seguir escribiendo.*

A Rodrigo Fresán, por muchas razones, pero esta vez muy especialmente por poner a Lydia Millet en mi camino.

A mis estudiantes y colegas en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

A Marco Antonio de la Parra y Ana Josefa Silva, por su apoyo y cariño en estos últimos años.

A Gerardo Jara y Mercedes Valdivieso, por su linda compañía y motivación constante.

A mi familia: mis papás, mis hermanos, tíos y sobrinas.

Y a mis abuelos, siempre: a quienes les debo este amor inmenso por los libros.

Table of Contents

Título
Créditos
Índice
1 Rebajas
2 Tera
3 Clean
4 Un corazón más pequeño
5 Hojas
6 Pasillo
7 Horario de visitas
8 En caso de emergencia
9 Otros juegos
10 Souvenir
11 Blanco familiar
Agradecimientos